

EL CONDENADO POR
DESCONFIADO

TIRSO DE MOLINA

Editado por
elaleph.com

© 2000 Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

Comedia famosa por el maestro Tirso de Molina.
Representóla Figueroa.

Hablan en ella las personas siguientes:

PAULO, de ermitaño.

PEDRISCO, gracioso.

EL DEMONIO.

OCTAVIO y LISANDRO.

CELIA y LIDORA, su criada.

ENRICO.

GALVÁN y ESCALANTE.

ROLDÁN.

CHERINOS.

ANARETO, padre de Enrico.

ALBANO, viejo.

UN PASTOR.

UN GOBERNADOR.

UN ALCAIDE.

UN PORTERO.

UN JUEZ.

UN MÚSICO.

ALGUNOS VILLANOS.

JORNADA PRIMERA

(Sale Paulo de ermitaño.)

PAULO. ¡Dichoso albergue mío!
¡Soledad apacible y deleitosa,
que en el calor y el frío
me daís posada en esta selva umbrosa
donde el huésped se llama
o verde yerba o pálida retama!
Agora, cuando el alba
cubre las esmeraldas de cristales,
haciendo al sol la salva,
que de su coche sale por jarales,
con manos de luz pura
quitando sombras de la noche oscura,
salgo de esta cueva
que en pirámides altos de estas peñas
naturaleza eleva,
y a las errantes nubes hace señas

para que noche y día,
ya que no hay otra, le haga compañía.
Salgo a ver este cielo,
alfombra azul de aquellos pies hermosos.
¿Quién, ¡oh celestes cielos!,
aquesos tafetanes luminosos
rasgar pudiera un poco
para ver...? ¡Ay de mí! Vuélvome loco.
Mas ya que es imposible,
y sé cierto, Señor, que me estáis viendo
desde ese inaccesible
trono de luz hermoso, a quien sirviendo
están ángeles bellos,
más que la luz del sol hermosos ellos,
mil glorias quiero daros
por las mercedes que me estáis haciendo
sin saber obligaros.
¿Cuándo yo merecí que del estruendo
me sacarais del mundo,
que es umbral de las puertas del
profundo?
¿Cuándo, Señor divino,
podrá mi indignidad agradeceros
el volverme al camino,
que, si yo lo¹ conozco, es fuerza el veros,

¹ El original, humildemente.

y tras esa victoria,
darme en estas selvas tanta gloria?
Aquí los pajarillos,
amorosas; canciones repitiendo
por juncos y tomillos,
de vos me acuerdan, y yo estoy diciendo:
«Si esta gloria da el suelo,
¿qué gloria será aquella que da el cielo?»

Aquí estos arroyuelos,
jirones de cristal en campo verde,
me quitan mis desvelos,
y son causa a que de vos me acuerde.
¡Tal es el gran contento
que infunde al alma su sonoro acento!
Aquí silvestres flores
el fugitivo tiempo aromatizan,
y de varios colores
esta vega humilde fertilizan.
Su belleza me asombra:
calle el tapete y berberisca alfombra.

Pues con estos regalos,
con aquestos contentos y alegrías,
¡bendito seas mil veces,
inmenso Dios, que tanto bien me ofreces!

Aquí pienso seguirte,
ya que el mundo dejé para bien mío;
aquí pienso servirte,

sin que jamás humano desvarío,
por más que abra la puerta
el mundo a sus engaños, me divierta.

Quiero, Señor divino,
pediros de rodillas humildemente ²
que en este camino
siempre me conservéis piadosamente.
Ved que el hombre se hizo
de barro vil y de barro quebradizo.

*(Sale Pedrisco con un haz de yerba. Pónese Paulo de rodillas, y
elévase.)*

PEDRISCO. Como si fuera borrico
vengo de yerba cargado,
de quien el monte está rico;
si esto como, ¡desdichado!,
triste fin me pronostico.
¡Que he comer yerba yo,
manjar que el cielo crió
para brutos animales!
Deme el cielo en tantos males
paciencia. Cuando me echó
mi madre al mundo, decía:
«Mis ojos santo te vean,

² El original, no.

Pedrisco del alma mía».
Si esto las madres desean,
una suegra y una tía
¿qué desearán? Que aunque el ser
santo un hombre es gran ventura,
es desdicha no comer.

Perdonad esta locura
y este loco proceder,
mi Dios; y pues conocida,
ya mi condición tenéis,
no os enojéis porque os pida
que la hambre me quitéis,
o no sea santo en mi vida.

Y si puede ser, Señor,
pues que vuestro inmenso amor
todo lo imposible doma,
que sea santo y que coma,
mi Dios, mejor que mejor.

De mi tierra me sacó
Paulo diez años habrá,
y a este monte apartó;
él en una cueva está,
y en otra cueva estoy yo.

Aquí penitencia hacemos,
y sólo yerbas comemos,
y a veces nos acordamos
de lo mucho que dejamos

por lo poco que tenemos.

Aquí, al³ sonoro raudal
de un despeñado cristal,
digo a estos olmos sombríos:
¿Dónde estáis, jamones míos,
que no os doléis de mi mal?

Cuando yo solía cursar
la ciudad y no las peñas
(¡memorias me hacen llorar!),
de las hambres más pequeñas
gran pesar solíais tomar.

Erais, jamones, leales:
bien os puedo así llamar,
pues merecéis nombres tales,
aunque ya de las mortales⁴
no tengáis ningún pesar.

Mas ya está todo perdido;
yerbas comeré afligido,
aunque llegue a presumir
que algún mayo he de parir,
por las flores que he comido.

Mas Paulo sale de la cueva oscura:
entrar quiero en la mía tenebrosa
y comerlas allí.

³ El original, el

⁴ Hambres.

(Vase y sale Paulo.)

PAULO.

¡Qué desventura!
 ¡Y qué desgracia cierta, lastimosa!
 El sueño me venció, viva figura
 (por lo menos imagen temerosa)
 de la muerte cruel; y al fin, rendido,
 la devota oración puse en olvido.

Siguióse luego al sueño otro, de suerte,
 sin duda, que a mi Dios tengo enojado,
 si no es que acaso el enemigo fuerte
 haya esta ilusión representado.
 Siguióse al fin, ¡ay Dios!, de ver la muerte.
 ¡Qué espantosa figura! ¡Ay desdichado!
 Si el verla en sueño causa tal quimera,
 el que vivo la ve, ¿qué es lo que espera?

Tírome el golpe con el brazo diestro⁵
 no cortó la guadaña. El arco toma:
 la fecha en el derecho, y el siniestro,
 el arco mismo que altiveces doma;
 tírome al corazón: Yo que me muestro
 al golpe herido, porque al cuerpo coma
 la madre tierra como a su despojo,
 desencarcelo el alma, el cuerpo arrojó.
 Salió el alma en un vuelo, en un instante
 vi de Dios la presencia, ¡Quién pudiera

⁵ El original, fuerte.

no verlo entonces! ¡Qué cruel semblante!
 Resplandeciente espada y justiciera
 en la derecha mano, y arrogante
 (como ya por derecho suyo era),
 el fiscal de las almas miré a un lado,
 que aun en ser victorioso estaba airado.

Leyó mis culpas, y mi guarda santa
 leyó mis buenas obras, y el Justicia
 mayor del cielo, que es aquel que espanta
 de la infernal morada la malicia,
 las puso en dos balanzas; mas levanta
 el peso de mi culpa y mi injusticia
 mis obras buenas tanto, que el Juez santo
 me condena a los reinos del espanto.
 Con aquella fatiga y aquel miedo
 desperté, aunque temblando, y no vi nada
 sino es mi culpa, y tan confuso quedo,
 que si no es a mi suerte desdichada,
 o traza del contrario, ardid o enredo,
 que vibra contra mi su ardiente espada,
 no sé a qué lo atribuya. Vos, Dios santo,
 me declarad la causa de este espanto.

¿Heme de condenar, mi Dios divino,
 como este sueño dice, o he de verme
 en el sagrado alcázar cristalino?
 Este bien, Señor, habéis de hacerme.
 ¿Qué, fin he de tener? Pues un camino

sigo tan bueno, no queráis tenerme
 en esta confusión Señor eterno.
 ¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?
 Treinta años de edad tengo, Señor mío,
 y los diez he gastado en el desierto,
 y si viviera un siglo, un siglo fío
 que lo mismo ha de ser: esto os advierto.
 Si esto cumplo, Señor, con fuerza y brío,
 ¿qué fin he de tener? Lágrimas vierto.
 Respondedme, Señor: Señor eterno.
 ¿He de ir a vuestro cielo o al infierno?

(Aparece el Demonio en lo alto de una peña.)

DEMONIO. Diez años ha que persigo
 a este monje en el desierto,
 recordándole memorias
 y pasados pensamientos;
 siempre le he hallado firme,
 como un gran peñasco opuesto.
 Hoy duda en su fe, que es duda
 de la fe lo que hoy ha hecho,
 porque es la fe en el cristiano
 que sirviendo a Dios y haciendo
 buenas obras, ha de ir
 a gozar de él en muriendo.
 Este, aunque ha sido tan santo,

duda de la fe, pues vemos
que quiere del mismo Dios,
estando en duda, saberlo.
En la soberbia también
ha pecado: caso es cierto.
Nadie como yo lo sabe,
pues por soberbio padezco.
Y con la desconfianza
le ha ofendido, pues es cierto
que desconfía de Dios
el que a su fe no da crédito.
Un sueño la cansa ha sido;
y el anteponer un sueño
a la fe de Dios, ¿quien duda
que es pecado manifiesto?
Y así me ha dado licencia,
el juez más supremo y recto
para que con más engaños
le incite agora de nuevo.
Sepa resistir valiente
los combates que le ofrezco,
pues supo desconfiar
y ser como yo, soberbio.
Su mal ha de restaurar
de la pregunta que ha hecho
a Dios, pues a su pregunta
mi nuevo engaño prevengo.

De ángel tomaré la forma,
y responderé a su intento
cosas que lo han de costar
su condenación, si puedo.

(Quítase el Demonio la túnica y queda de ángel.)

PAULO. ¡Dios mío! Aquesto os suplico.
 ¿Salvaréme, Dios inmenso?
 ¿Iré a gozar vuestra gloria?
 Que me respondáis espero.

DEMONIO. Dios, Paulo, te ha escuchado,
 y tus lágrimas ha visto.

PAULO. [Aparte.] ¡Qué mal el temor resisto!
 Ciego en mirarlo he quedado.

DEMONIO. Me ha mandado que te saque
 de esa ciega confusión,
 porque esa vana ilusión
 de tu contrario se aplaque.
 Ve a Nápoles, y a la puerta
 que llaman allá del Mar,
 que es por donde tú has de entrar
 a ver tu ventura cierta
 o tu desdicha; verás

cerca de allá (estáme atento)
un hombre...

PAULO. ¡Qué gran contento
con tus razones me das!

DEMONIO. Que Enrico tiene por nombre,
 hijo del noble Anareto.
 Conocerásle, en efecto,
 por señas que es gentilhombre,
 alto de cuerpo y gallardo.
 No quiero decirte más,
 porque apenas llegarás
 cuando le veas.

PAULO. Aguardo
 lo que lo he de preguntar
 cuando lo llegare⁶ a ver.

DEMONIO. Sólo una cosa has de hacer.

PAULO. ¿Qué he de hacer?

DEMONIO. Verle y callar,
 contemplando sus acciones,

⁶ El original, llegue.

sus obras y sus palabras.

PAULO. En mi pecho ciego labras
quimeras y confusiones.
¿Sólo eso tengo de hacer?

DEMONIO. Dios que en él repares quiere,
porque el fin que aquél tuviere,
ese fin has de tener.

(Desaparece.)

PAULO. ¡Oh misterio soberano!
¿Quién este Enrico será?
Por verle me muero ya.
¡Qué contento estoy, qué ufano!
Algún divino varón
debe de ser: ¿quién lo duda?

(Sale Pedrisco.)

PEDRISCO. Siempre la fortuna ayuda
[Aparte.] al más flaco corazón.
Lindamente he manducado:
satisfecho quedo ya.

PAULO. Pedrisco.

PEDRISCO. A esos pies está
mi boca.

PAULO. A tiempo ha llegado.
Los dos habemos de hacer
una jornada al momento.

PEDRISCO. Brinco y salto de contento.
Mas ¿dónde, Paulo, ha de ser?

PAULO. A Nápoles.

PEDRISCO. ¿Qué me dice?⁷
Y ¿a qué, padre?

PAULO. En el camino
sabrás un paso peregrino.
¡Plegue a Dios que sea felice!

PEDRISCO. ¿Si seremos conocidos
de los amigos de allá?

PAULO. Nadie nos conocerá,
que vamos desconocidos
en el traje y en la edad.

PEDRISCO. Diez años ha que faltamos.

⁷ El original, dices.

Seguros pienso que vamos,
que es tal la seguridad
de este tiempo, que en un hora
se desconoce el amigo.

PAULO. Vamos.

PEDRISCO. Vaya Dios conmigo.

PAULO. De contento el alma llora.
A obedeceros me aplico,
mi Dios; nada me desmaya,
pues vos me mandáis que vaya
a ver al dichoso Enrico.
¡Gran santo debe de ser!
Lleno de contento estoy.

PEDRISCO. Y yo, pues contigo voy,
(Aparte.)
No puedo dejar de ver,
pues que mi bien es tan cierto,
con tan alta maravilla,
el bodegón de Juanilla
y la taberna del Tuerto.
(Vanse y sale el Demonio.)

DEMONIO. Bien mi engaño va trazado.

Hoy verá el desconfiado
de Dios y de su poder
el fin que viene a tener,
él propio lo ha buscado.
(Vase y salen Octavio y Lisandro.)

LISANDRO. La fama de esta mujer
sólo a verla me ha traído.

OCTAVIO. ¿De qué es la fama?

LISANDRO. La fama
que de ella, Octavio, he tenido,
es de que es la más discreta
mujer que en este siglo
ha visto el napolitano
reino.

OCTAVIO. Verdad os han dicho;
pero esa discreción
es el cebo de sus vicios;
con ésa engaña a los necios,
con ésa estafa a los lindos.
Con una octava o soneto,
que con picaresco estilo
suele hacer de cuando en cuando,
trae a mil hombres perdidos;

y por parecer discretos,
alaban el artificio,
el lenguaje y los concetos.

LISANDRO. Notables cosas me han dicho
de esta mujer.

OCTAVIO. Está bien.
¿No os dijo el que, aqueso os dijo,
que es de esta mujer la casa
un depósito de vivos,
y que nunca está cerrada
al napolitano rico,
ni al alemán, ni al inglés,
ni al húngaro, armenio o indio,
ni aun al español tampoco
con ser tan aborrecido
en Nápoles?

LISANDRO. ¿Eso pasa?

OCTAVIO. La verdad es lo que digo,
como es verdad que venís
de ella enamorado.

LISANDRO. Afirmo
que me enamoró su fama.

OCTAVIO. Pue

LISANDRO. Sois

OCTAVIO. Que tiene cierto mancebo
por galán, que no ha nacido
hombre tan mal inclinado
en Nápoles.

LISANDRO. Será Enrico,
hijo de Anareto el viejo,
que pienso que ha cuatro o cinco
años que está en una cama
el pobre viejo tullido.

OCTAVIO. El mismo.

LISANDRO. Noticia tengo
de ese mancebo.

OCTAVIO. Os afirmo,
Lisandro, que es el peor hombre
que en Nápoles ha nacido.
Esta mujer le da
cuanto puede, y cuando el vicio
de juego suele apretalle,

se viene a su casa él mismo
y le quita a bofetadas
las cadenas, los anillos...

LISANDRO. ¡Pobre mujer!

OCTAVIO. También ella
suele hacer sus ciertos tiros,
quitando la hacienda a muchos
que son en su amor novicios,
con esta falsa poesía.

LISANDRO. Pues ya que estoy advertido
de amigo tan buen maestro,
allí veréis si yo os sirvo.

OCTAVIO. Yo entraré con vos también;
mas ojo al dinero, amigo.

LISANDRO. Con invención entraremos.

OCTAVIO. Diréisle que habéis sabido
que hace versos elegantes,
y que a precio de un anillo
unos versos os escriba
a una dama.

LISANDRO. ¡Buen adbitrio!⁸

OCTAVIO. Y yo, pues entro con vos,
le diré también lo mismo.
Esta es la casa.

LISANDRO. Y aun pienso
que está en el patio.

OCTAVIO. Si Enrico
nos coge dentro, por Dios,
que recelo algún peligro.

LISANDRO. ¿No es un hombre solo?

OCTAVIO. Sí.

LISANDRO. Ni le temo, ni le estimo.
(Salen Celia, leyendo un papel, y Lidora, con recado de escribir.)

CELIA. Bien escrito está el papel⁹

LIDORA. Es discreto Severino.

⁸ Arbitrio.

⁹ Este pasaje está muy alterado en el original. Lo añadido entre corchetes es de Hartzenbusch, editor de esta obra en la Biblioteca de Rivadeneyra

CELIA. Pues no se le echa de ver notablemente.

LIDORA. ¿No has dicho que escribe bien?

CELIA. [Sí, por cierto. La letra es buena: esto digo.]

LIDORA. Ya entiendo. [La mano y pluma son de maestro de niños...]

CELIA. Las razones, de ignorante.

OCTAVIO. Llegá, Lisandro, atrevido.

LISANDRO. Hermosa es, por vida mía. Muy pocas veces se ha visto belleza y entendimiento tanto en un sujeto mismo.

LIDORA. Dos caballeros, si ya se juzgan por el vestido, han entrado.

CELIA. ¿Qué querrán?

LIDORA. Lo ordinario.

OCTAVIO. Ya te ha visto.

CELIA. ¿Qué mandan vuestras mercedes?

LISANDRO. Hemos llegado atrevidos,
 porque en casas de poetas
 y de señores, no ha sido
 vedada la entrada a nadie.

LIDORA. Gran sufrimiento ha tenido,
[Aparte.] pues la llamaron poeta,
 y ha callado.

LISANDRO. Yo he sabido
 que sois discreta en extremo,
 y que de Homero y de Ovidio
 excedéis la misma fama.
 Y así yo y este amigo
 que vuestro ingenio me alaba,
 en competencia venimos
 de que para cierta dama,
 que mi amor puso en olvido
 y se casó a su disgusto,

le hagáis algo; que yo afirmo
el premio a vuestra hermosura,
si es, señora, premio digno
el daros mi corazón.

LIDORA. Por Belerma te ha tenido.
[Aparte a Celia.]

OCTAVIO. Yo vine también, señora
(pues vuestro ingenio divino
obliga a los que se precian
de discretos), a lo mismo.

LIDORA. ¿Sobre quién tiene de ser?

LISANDRO. Una mujer que me quiso
cuando tuvo que quitarme,
y ya que pobre me ha visto,
se recogió a buen vivir.

LIDORA. Muy como discreta hizo.
[Aparte.]

CELIA. A buen tiempo habéis llegado;
que a un papel que me han escrito,
querría responder ahora;
y pues decís que de Ovidio

excedo a la antigua fama,
haré ahora más que él hizo.
A un tiempo se han de escribir
vuestros papeles y el mío.
[A Lidora.]
Da a todos tinta y papel.

LISANDRO. ¡Bravo ingenio!

OCTAVIO. Peregrino.

LIDORA. Aquí está tinta y papel.

CELIA. Escribid, pues.

LISANDRO. Ya escribimos.

CELIA. Tú dices que [a] una mujer
que se casó...

LISANDRO. Aqueso digo.

CELIA. Y tú a la que te dejó
después que no fuiste rico.

OCTAVIO. Así es verdad.

CELIA. Y yo aquí
le respondo a Severino.
(Escriben y salen Galván y Enrico con espada y broquel.)

ENRICO. ¿Qué se busca en esta casa,
Hidalgos?

LISANIDRO. Nada buscamos;
estaba abierta, y entramos.

ENRICO. ¿Conóceme?

LISANDRO. Aquesto pasa.

ENRICO. Pues váyanse noramala,
que, voto a Dios, si me enoja...;
no me llaga, Celia, del ojo.

OCTAVIO. ¿Qué locura a esta iguala?

ENRICO. Que los arroje en el mar,
aunque está lejos de aquí.

CELIA. [Aparte a Enrico.]
Mí bien, por amor de mí.

ENRICO. ¿Tú te atreves a llegar?
Apártate, voto a Dios,
que te dé una bofetada.

OCTAVIO. Si el estar aquí os enfada,
ya nos iremos los dos.

LISANDRO. ¿Sois pariente, o sois hermano
de esta señora?

ENRICO. Soy el diablo.

GALVÁN Ya yo estoy
con la hojarasca en la mano.
Sacúdelos.

OCTAVIO. Deteneos.

CELIA. Mi bien, por amor de Dios.

OCTAVIO. Aquí venimos los dos,
no con lascivos deseos,
sino a que nos escribiese
unos papeles...

ENRICO. Pues ellos
que se precian de tan bellos

- ¿no saben escribir?
OCTÁVIO. Cese
Vuestro enojo.
- ENRICO. ¿Qué es cesar?
¿Qué es de lo escrito?
- OCTÁVIO. Esto es.
- ENRICO. (Rasga los papeles.)
Vuelvan por ellos después,
porque ahora no hay lugar.
- CELIA. ¿Los rompiste?
- ENRICO. Claro está.
Y si me enojo...
- CELIA. [Aparte a Enrico.]
Mi bien!
- ENRICO. Haré lo mismo también
de sus caras.
- LISANDRO. Basta ya.

ENRICO. Mi gusto tengo de hacer
en todo cuanto quisiere;
y si voarcé lo quiere,
sor¹⁰ hidalgo, defender,
cuentense sin piernas ya,
porque yo nunca temí
hombres como ellos.

LISANDRO. ¡Que así
nos trate un hombre!

OCTAVIO. Calla.

ENRICO. Ellos se presian de hombres,
siendo la mujer las almas;
si pretenden llevar palmas
y ganar honrosos nombres,
defiéndase de esta espada.
(Acuchíllalos.)

CELIA. ¡Mi bien!

ENRICO. Aparta.

CELIA. Detente.

¹⁰ Seor, señor.

ENRICO. [Nadie detenerme intenta]¹¹

CELIA. ¡Qué es aquesto! ¡Ay desdichada!

LIDORA. Huyendo van, que es belleza.

GALVÁN. ¡Qué cuchillada le di!

ENRICO. Viles gallinas, ¿así
afrentáis vuestra destreza?

CELIA. Mi bien. ¿Qué has hecho?

ENRICO. ¡Nonada!
¡Gallardamente le di
a aquel más alto! Le abrí
un jeme de cuchillada.

LIDORA. ¡Bien el que entra a verte gana!

GALVÁN. Una puntn le tiré
a aquel más bajo, y le eché
fuera una arroba de lana.
¡Terrible peto traía!

¹¹ El original, no me detendrá el mismo infierno.

ENRIQUE. ¡Siempre, Celia, me las de dar
disgusto!

CELIA. Basta el pesar;
sosiega, por vida mía.

ENRICO. ¿No te he dicho que no gusto
Que entren estos marquesotes,
todos guedejas, bigotes,
adonde me dan disgusto?
¿Qué te ofrecen, que te dan
estos que contino están
rizándose los cabellos?
De peña, de roble o risco
es [al]¹² dar su condición:
su bolsa hizo profesión
en la orden de San Francisco.
Pues ¿paraqué los admities?
¿Para qué los das entrada?
¿No te tengo yo avisada?
Tú harás algo que me incites
a cólera.

CELIA. Bueno está

¹² El original, el.

ENRICO. Apártate.

CELIA. Oye, mí bien,
porque sepas que hay también
alguno en éstos que da.
Este anillo y cadena
me dieron éstos.

ENRICO. A ver.
La cadena he menester,
que me parece muy buena.

CELIA. ¿La cadena?

ENRICO. Y el anillo
[también me has de dar agora]¹³.

LIDORA. Déjale algo a mi señora.

ENRICO. Ella, ¿no sabrá pedillo?
¿Para qué lo pides tú?

GALVÁN. Esta por hablar se muere.

¹³ El original, me has de asegurar.

LIDORA. [Aparte.] ¡Mal haya quien bien os quiere rufianes de Belcebú!

CELIA. Todo es tuyo, vida mía;
y, pues, yo tan tuya soy,
escúchame.

ENRICO. Atento estoy.

CELIA. Sólo pedirte querría
que nos lleves esta tarde
a la Puerta de la Mar.

ENRICO. El manto puedes tomar.

CELIA. Yo haré que allá nos aguarde
la merienda.

ENRICO. ¿Oyes, Galván?,
ve a avisar luego al instante
a nuestro amigo Escalante,
a Cherinos y Roldán,
que voy con Celia.

GALVÁN. Sí haré.

ENRICO. Di que a la Puerta del Mar
nos vayan luego a esperar

con sus mozas.

LIDORA. ¡Bien a fe!

GALVÁN. Ello habrá lindo bureo.
Mas que¹⁴ ha de haber cuchilladas.

CELIA. ¿Quieres que vamos tapadas?

ENRICO. No es eso lo que deseo.
Descubiertas habéis de ir,
porque quiero en este día
que sepan que tú eres mía.

CELIA. ¿Cómo te podré servir?
Vamos.

LIDORA. [A Celia] Tú eres inocente.
¡Todas las joyas le has dado?

CELIA. Todo está bien empleado
en hombre que es tan valiente.

GALVÁN. Mas qué ¿no te acuerdas ya
que te dijeron ayer

¹⁴ ¿A qué ha de haber?

que una muerte habías de hacer?

ENRICO. Cobrada y gastada está
ya la mitad del dinero.

GALVÁN. Pues ¿para qué vas al mar?

ENRICO. Después se podrá trazar,
que ahora, Galván, no quiero.
Anillo y cadena tengo,
que me dio la tal señora;
dineros sobran ahora.

GALVÁN. Ya tus intentos prevengo.

ENRICO. Viva alegre el desdichado,
libre de cuidado y pena,
que en gastando la cadena
le daremos su recado.

(Vanse y salen Paulo y Pedrisco de camino,
graciosamente.)¹⁵.

PEDRISCO. Maravillado estoy de tal suceso.

PAULO. Secretos son de Dios.

¹⁵ Vestido de gracioso.

PEDRISCO. ¿De modo, padre,
que el fin que fin de tener este Enrico
ha de tener también?

PAULO. Faltar no puede
la palabra de Dios; el ángel suyo
me dijo que si Enrico se condena,
me he de condenar; y si él se salva,
también me he de salvar.

PEDRISCO. Sin duda, padre,
que es un santo varón este Enrico.

PAULO. Eso mismo imagino.

PEDRISCO. Esta la puerta
que llaman de la Mar.

PAULO. Aquí me manda
el ángel que le aguarde.

PEDRISCO. Aquí vivía
un tabernero gordo, padre mío,
adonde yo acudía muchas veces;
y más allá, si acaso se le acuerda,
vivía aquella moza rubia y alta,

que archero de la guardia parecía,
a quien él requebraba.

PAULO. ¡Oh vil contrario!
Livianos pensamientos me fatigan.
¡Cuerpo flaco! Hermano, escuche.

PEDRISCO. Escucho.

PAULO. El contrario me tiene con memoria
y con pasados gustos...

PEDRISCO. Pues ¿qué hace?

PAULO. (Echáse en el suelo.)
En el suelo me arrojé de esta suerte,
para que en él me pise: llegue, hermano,
píseme muchas veces.

PEDRISCO. En buen hora,
que soy muy obediente, padre mío.
(Písa1e.)
¿Písole bien?

PAULO. Sí, hermano.

PEDRISCO. ¿No le duele?

PAULO. Pise, y no tenga pena.

PEDRISCO. ¡Pena, padre!
¿Por qué razón he yo de tener pena?
Piso y repiso, padre de mi vida;
mas temo no reviente, padre mío.

PAULO. Píseme, hermano.
(Dan voces, deteniendo a Enrico.)

ROLDÁN. Detencos, Enrico.

ENRICO. Al mar he de arrojalle, vive el cielo.

PAULO. A Enrico oí nombrar.

ENRICO. ¿Gente mendiga
ha de haber en el mundo?

CHERINOS. Deteneos.

ENRICO. Podrasme detener en arrojándole.

CELIA. ¿Dónde vas? Detente.

ENRICO. No hay remedio:
harta merced te hago, pues te saco
de tan grande miseria.

ROLDÁN. ¡Qué habéis hecho!
(Salen todos.)

ENRICO. Llegome a pedir un pobre una limosna;
dolióme el verle con tan gran miseria,
y porque no llegase a avergonzarse
otro desde hoy, cogíle en brazos
y le arrojé en el mar.

PAULO. ¡Delito inmenso!

ENRICO. Ya no será más pobre, según pienso.

PEDRISCO. ¡Algún diablo limosna te pidiera!

CELIA. ¡Siempre has de ser cruel!

ENRICO. No me repliques,
que haré contigo y los demás lo mismo.

ESCALANTE. Dejemos eso agora, por tu vida.
Sentémonos los dos, Enrico amigo.

PAULO. [A Pedrisco.]
A éste han llamado Enrico.

PEDRISCO. Será otro.
¿Querías tú que fuese este mal hombre,
que en vida está ya ardiendo en
los infiernos?
Aguardemos a ver en lo que para.

ENRICO. Pues siéntense voarcedes, porque quiero
haya conversación.

ESCALANTE. Muy bien ha dicho.

ENRICO. Siéntese Celia aquí.

CELIA. Ya estoy sentada.

ESCALANTE. Tú conmigo, Lidora.

LIDORA. Lo mismo digo yo, seor Escalante.

CHERINOS. Siéntese aquí, Roldán.

ROLDÁN. Ya voy, Cherinos.

PEDRISCO. ¡Mire qué buenas almas, padre mío!
Llégrese más, verá [de] lo que tratan.

PAULO. ¡Que no viene mi Enrico!

PEDRISCO. Mire y calle,
que somos pobres, y este desalmado
no nos eche a la mar.

ENRICO. Agora quiero
que cuente cada uno de vuarcedes
las harañas que ha hecho en esta vida.
salteamientos y cosas de este mundo.

ESCALANTE. Muy bien ha dicho Enrico.

ENRICO. Y al que hubiere
hecho mayores males, al momento
una corona de laurel le pongan,
cantándole alabanzas y motetes.

ESCALANTE. Soy contento.

ENRICO. Comience, seo¹⁶ Escalante.

¹⁶ El original, seor.

PAULO. ¡Que esto sufre el Señor!

PEDRISCO. Nada le espante.

ESCALANTE. Yo digo así.

PEDRISCO. ¡Qué alegre y satisfecho!

ESCALANTE. Veinticinco pobretes tengo muertos,
seis casas he escalado y treinta heridas
he dado con la chica.

PEDRISCO. ¡Quién te viera
hacer en una horca cabriolas!

ENRICO. Diga, Cherinos.

PEDRISCO. ¡Qué ruin nombre tiene!
¡Cherinos! Cosa poca.

CHERINOS. Yo comienzo.
No he muerto a ningún hombre; pero
he dado más de cien puñaladas.

ENRICO. ¿Y ninguna
fue mortal?

CHERINOS. Amparóles la fortuna.

De capas que he quitado en esta vida
y he venido a un ropero, está ya rico.

ENRICO. ¡Véndelas él?

CHERINOS. ¿Pues no?

ENRICO. ¿No las conocen?

CHERINOS. Por quitarse de estas ocasiones,
las convierte en ropillas y calzones.

ENRICO. ¿Habéis hecho otra cosa?

CHERINOS. No me acuerdo.

PEDRISCO. ¿Mas que le absuelve ahora el ladronazo?

CELIA. Y tú ¿qué has hecho, Enrico?

ENRICO. Oigan voarcedes.

ESCALANTE. Nadie cuente mentiras.

ENRICO. Yo soy hombre
que en mi vida las dije.

GALVÁN. Tal se entiende.

PEDRISCO. ¿No escucha, padre mío, estas razones?

PAULO. Estoy mirando a ver si viene Enrico.

ENRICO. Haya, pues, atención.
Nadie te impide.

CELIA. ¡Miren a qué sermón atención pide!

ENRICO. Yo nací mal inclinado,
como se ve en los efectos
del discurso de mi vida
que referiros pretendo.
Con regalos me crié
en Nápoles, que ya pienso
que conocéis a mi padre,
que aunque no fue caballero
ni de sangre generosa,
era muy rico; y yo entiendo
que es la mayor calidad
el tener en este tiempo.
Crióme, al fin, como digo,
entre regalos, haciendo
travesuras cuando niño,

locuras cuando mancebo.
Hurtaba a mi viejo padre,
arcas y cofres abriendo,
los vestidos que tenía,
las joyas y los dineros.
Jugaba, y digo jugaba,
para que sepáis con esto
que de cuantos vicios hay,
es el primer padre el juego.
Quedé pobre y sin hacienda
y yo -me [he] enseñado a hacerlo-,
dí en robar de casa en casa
cosas de pequeño precio.
Iba a jugar, y perdía;
mis vicios iban creciendo.
Di luego en acompañarme
con otros del arte mismo:
escalamos siete casas,
dimos la muerte a sus dueños;
lo robado repartimos
para dar caudal al juego.
De cinco que éramos todos,
sólo los cuatro prendieron,
y nadie me descubrió,
aunque les dieron tormento.
Pagaron en una plaza
su delito, y yo con esto,

de escarmentado, acogime
a hacer a solas mis hechos.
Íbame todas las noches
solo a la casa del juego,
donde a su puerta aguardaba
a que saliesen de adentro.
Pedía con cortesía
el barato, y cuando ellos
iban a sacar qué darne,
sacaba yo el fuerte acero,
que riguroso escondía
en sus inocentes pechos,
y por fuerza me llevaba
lo que ganando perdieron.
Quitaba de noche capas;
tenía diversos hierros
para abrir cualquiera puerta
y hacerme capaz del dueño.
Las mujeres estafaba;
y no dándome el dinero,
visitaba mi navaja
su rostro luego, al momento.
Estas cosas hacía
el tiempo que fuí mancebo;
pero escuchadme y sabréis,
siendo hombre, las que he hecho.
A treinta desventurados

yo solo y este acero,
que es de la muerte ministro,
del mundo sacado habemos:
los diez, muertos por mi gusto,
y los veinte me salieron,
uno con otro a doblón,
Diréis que es pequeño precio;
es verdad; mas voto a Dios,
que en faltándome el dinero,
que mate por un doblón
a cuantos me están oyendo.
Seis doncellas he forzado:
¡dichoso llamarme puedo,
pues seis he podido hallar
en este felice tiempo!
De una principal casada
me aficioné; ya resuelto,
habiendo entrado en su casa
a ejecutar mi deseo,
dio voces, vino el marido,
y yo, enojado y resuelto,
llegué con él a los brazos;
y tanto en ellos le aprieto,
que perdió tierra; y apenas
en este punto le veo,
cuando de un balvón le arrojo,
y en el suelo cayó muerto.

Dio voces la tal señora;
y yo, sacando el acero,
le metí cinco o seis veces
en el cristal de su pecho,
donde puertas¹⁷ de rubíes
en campos¹⁸ de cristal bellos
le dieron salida al alma
para que se fuese huyendo.
Por hacer mal solamente,
he jurado juramentos
falsos, fingiendo quimeras;
hecho máquinas, enredos;
y un sacerdote que quiso
reprenderme con buen celo,
de un bofetón que le di,
cayó en tierra medio muerto.
Porque supe que encerrado
en casa de un pobre viejo
estaba un contrario mío,
a la casa puse fuego;
y sin poder remediallo,
todos se quedaron dentro,
y hasta dos niños, hermanos,
ceniza quedaron hechos.
No digo jamás palabra

¹⁷ El original, puestas.

¹⁸ El original, compas.

si no es con un juramento
un pes[ia]¹⁹ o un por vida,
porque sé que ofendo al cielo.
En mi vida misa oí,
ni estando en peligros ciertos
de morir me he confesado
ni invocado a Dios eterno.
No he dado limosna nunca,
aunque tuviese dineros:
antes persigo a los pobres
como habéis visto el ejemplo.
No respeto a religiosos:
de sus iglesias y templos
seis cálices he robado
y diversos ornamentos
que sus altares adornan.
Ni a la justicia respeto:
mil veces me he resistido
y a sus ministros, he muerto;
tanto, que para prenderme
no tienen ya atrevimiento.
Y, finalmente, yo estoy
preso por los ojos bellos
de Celia, que está presente:
todos la tienen respeto

¹⁹ El original, pese.

por mí, que la adoro; y cuando
 sé que la sobran dineros,
 con lo que me da, aunque poco,
 mi viejo padre sustento,
 que ya le conoceréis
 por el nombre de Anareto.
 Cinco años ha que tullido
 en una cama le tengo,
 y tengo piedad con él
 por estar pobre el buen viejo;
 y cómo soy causa al fin
 de ponelle en tal extremo,
 por jugarle yo su hacienda
 el tiempo que fui mancebo.
 Todo es verdad lo que he dicho,
 voto a Dios, y que no miento.
 Juzgad ahora vosotros
 cuál merece mayor premio.

PEDRISCO. Cierto, padre de mi vida,
 que con servicios tan buenos,
 que puede ir a pretender
 éste a la corte.

ESCALANTE. Confieso
 que tú el lauro has merecido.

ROLDÁN. Y yo confieso lo mismo.

CHERINOS. Todos lo mismo decimos.

CELIA. El laurel darte pretendo.

ENRICO. Vivas, Celia, inuchos años.

CELIA. Toma, mi bien; y con esto,
pues que la merienda aguarda,
nos vamos.

GALVÁN. Muy bien has hecho.

CELIA. Digan todos: ¡Viva Enrico!

¡Viva el hijo de Anareto!

ENRICO. Al punto todos nos vamos
a holgarnos y entretenernos.

(Vanse.)

PAULO. Salid, lágrimas; salid,
salid apriesa del pecho,
no lo dejéis de vergüenza.
¡Qué lastimoso suceso!

PEDRISCO. ¿Qué tiene, padre?

PAULO. ¡Ay, hermano!

Penas y desdichas tengo.
Este mal hombre que he visto
es Enrico.

PEDRISCO. ¿Cómo es eso?

PAULO. Las señas que medio el ángel
son tuyas.

PEDRISCO. ¿Es [eso] cierto?

PAULO. Sí, hermano, porque me dijo
que era hijo de Anareto,
y este también lo ha dicho.

PEDRISCO. Pues este ya está ardiendo
en los infiernos.

PAULO. Eso sólo es lo que temo.
El angel de Dios me dijo
que si éste se va al infierno,
que al infierno tengo de ir.
Y al cielo, si éste va al cielo.

Pues al cielo, hermano mío,
¿cómo ha de ir éste, si vemos
tantas maldades en él,
tantos robos manifiestos,
crueldades y latrocinios
y tan viles pensamientos?

PEDRISCO. En eso, ¿quién pone duda?
Tan cierto se irá al infierno
como el despensero Judas.

PAULO. ¡Gran Señor! ¡Señor eterno!
¿Por qué me habéis castigado
con castigo tan inmenso?
Diez años y mas, Señor,
ha que vivo en el desierto
comiendo yerbas amargas,
salobres aguas bebiendo,
sólo porque vos, Señor,
juez piadoso, sabio, recto,
perdonarais mis pecados.
¡Cuán diferente lo veo!
Al infierno tengo de ir.
¡Ya me parece que siento
que aquellas voraces llamas
van abrasando mi cuerpo!
¡Ay! Qué rigor.

PEDRISCO. Ten paciencia.

PAULO. ¿Qué paciencia o sufrimiento
ha de tener el que sabe
que se ha de ir a los infiernos?
¡Al infierno!, centro oscuro,
donde ha de ser el tormento
eterno y ha de durar
lo que Dios durare. ¡Ah, cielo!
¡Que nunca se ha de acabar!
¡Que siempre han de estar ardiendo
las almas! ¡Siempre! ¡Ay de mí!

PEDRISCO. Sólo oírle me da miedo.
Padre, volvamos al monte.

PAULO. Que allá volvamos pretendo;
pero no a hacer penitencia,
pues que ya no es de provecho.
Dios me dijo que si este
se iba al cielo, me iría al cielo,
y al profundo, si al profundo.
Pues es así, seguir quiero
su misma vida; perdone
Dios este atrevimiento:
si su fin he de tener,

tenga su vida y sus hechos,
que no es bien que yo en el mundo
esté penitencia haciendo,
y que él viva en la ciudad
con gustos y con contentos,
y que a la muerte tengamos
un fin.

PEDRISCO. Es discreto acuerdo
Bien has dicho, padre mío.

PAULO. En el monte hay bandoleros:
bandolero quiero ser,
porque así igualar pretendo
mi vida con la de Enrico,
pues un mismo fin tenemos.
Tan malo tengo de ser
como él, y peor si puedo,
que pues ya los dos estamos
condenados al infierno,
bien es que antes de ir allá
en el mundo nos vengamos.

PEDRISCO. ¡Ah, Señor! ¿Quién tal pensara?
Vamos, y déjate de eso,
y de esos árboles altos
los hábitos ahorquemos.

Viste galán.

PAULO. Sí haré, y yo haré que tengan miedo
a un hombre que, siendo justo,
se ha condenado al infierno.
Rayo del mundo he de ser.
¿Qué se ha de hacer de dineros?
Yo los quitaré al demonio
si fuere cierto el traerlos.

PEDRISCO. Vamos, pues.

PAULO. Señor, perdona
si injáustamente me vengo.
Tú me has condenado ya;
tu palabra, es caso cierto
que atrás no puede volver.
Pues si es así, tener quiero
en el mundo buena vida,
pues tan triste fin espero.
Los pasos pienso seguir
de Enrico.

PEDRISCO. Ya voy temiendo

EL CONDENADO POR DESCONFIADO

que he de ir contigo a las ancas
cuando vayas al infierno.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

JORNADA SEGUNDA

(Salen Enrico y Galván.)

ENRICO. ¡Válgaate el diablo, el juego!
¡Qué mal que me has tratado!

GALVÁN. Siempre eres desdichado.

ENRICO. ¡Fuego en las manos, fuego!
¿Estáis descolmugadas?

GALVÁN. Echáronte a perder suertes trocadas.

ENRICO. Derechas no las gano;
si las trueco, tampoco.

GALVÁN. Él es un juego loco.

ENRICO. Esta dercha mano
me tiene destruído:
noventa y nueve escudos he perdido.

GALVAN. Pues ¿para qué estás triste,
que nada te costaron?

ENRICO. ¡Que poco que duraron!
¿Viste tal Cosa? ¿.Viste
tal multitud de suertes?

GALVÁN. Con esa pesadumbre te diviertes,
y no cuidas de nada;
y has de matar a Albano,
que de Laura el hermano
te tiene ya pagada
la mitad del dinero.

ENRICO. Sin blanca estoy; matar a Albano quiero.

GALVAN. ¿Y esta noche, Enrico,
Cherinos y Escalante?...²⁰

ENRICO. A ayudallos me aplico.
¿No han de robar la casa

²⁰ Falta un verso para la estrofa, pero no para el sentido

de Octavio el Genovés?

GALVÁN. Aqueso pasa.

ENRICO. Pues yo seré el primero
que suba a sus balcones;
en tales ocasiones
aventajarme quiero.
Ve y diles que aquí aguardo.

GALVÁN. Volando voy, que en todo eres gallardo.
(Vase.)

ENRICO. Pues mientras ellos se tardan,
y el manto lóbrego aguardan
que su remedio ha de ser,
quiero un viejo padre ver
que estas paredes guardan.

 Cinco años, ha le tengo
en una cama tullido,
y fanto a estimarle vengo,
que, con andar tan perdido
a mi costa le mantengo.

 De lo que Celia me da,
o yo por fuerza le quito,
traigo lo que puedo acá,
y su vida solicito,

que acabando el curso va.
 De lo que de noche puedo,
 varias casas escalando,
 robar con cuidado o miedo,
 voy [su sustento]²¹ aumentando
 y a veces sin él me quedo.
 Que esta virtud solamente
 en mi virtud distraída
 concervo piadosamente,
 que es deuda al padre debida
 el serle el hijo obediente.
 En mi vida le ofendí,
 ni pesadumbre le di:
 en todo cuanto mandó,
 obediente me halló
 desde el día en que nací;
 que aquetas mis travesuras,
 mocedades y locuras,
 nunca a saberlas llegó;
 que a saberlas, bien sé yo
 que aunque mis entrañas duras,
 de peña, al blanco cristal²²
 opuesta, fueron formadas,

²¹ El original, sustentando.

²² El original, despeña el. El sentido es: mis entrañas fueron formadas de peña, opuesta en dureza al agua cristalina (que discurre sobre ellas).

y mi corazón igual
a las fieras encerradas
en riscos, de pedernal,
que las hubiera atajado²³
pero siempre le he tenido
donde de nadie informado,
ni un disgusto ha recibido
de tantos como he causado.
(Descubre su padre en una silla)

Aquí está: quiérole ver.
Durmiendo está, al parecer.
Padre.

ANARETO. ¡Mi Enrico querido!

ENRICO. Del descuido que he tenido,
perdón espero tener
de vos, padre de mis ojos.
¿Heme tardado?

ANARETO. No, hijo.

ENRICO. Yo os quisiera dar enojos.

²³ El sentido es: mi corazón, igual al de las fieras, formado de pedernal, habría detenido a las que viven encerradas en sus guaridas.

ANARETO. En verte me regocijo.

ENRICO. No el sol por celajes rojos
saliendo a dar resplandor
a la tiniebla mayor
que esp[er]a²⁴ tan alto bien,
parece al día tan bien,
como vos a mí, señor.
Que vos para mí sois sol,
y los rayos que arrojáis
dese divino arrebol,
son las canas con que honráis
este reino.

ANARETO. Eres crisol
donde la virtud se apura.

ENRICO. ¿Habéis comido?

ANARETO. Yo, no.

ENRICO. Hambre tendréis.

²⁴ El original, espara.

ANARETO. La ventura
de mirarte me quitó
la hambre.

ENRICO. No me asegura,
padre mío, esa razón,
nacida de la afición
tan grande que me tenéis;
pero agora comeréis,
que las dos pienso que son
de la tarde. Ya la mesa
os quiero, padre, poner.

ANARETO. De tu cuidado me pesa.

ENRICO. Todo esto y más ha de hacer
el que obediencia profesa.
[Aparte.]

(Del dinero que jugué,
un escudo reservé
para comprar qué comiese,
porque aunque al juego le pese,
no ha de faltar esta fe.)
Aquí traigo en el lenzuelo,
padre mío, qué comáis.
Estimad mi justo celo.

ANARETO. Bendito, mi Dios, seáis
en la tierra y en el cielo,
pues que tal hijo me distes
cuando tullido me viste²⁵,
que mis pies y manos sea.

ENRICO. Comed, por que yo lo vea.

ANARETO. Miembros cansados y tristes,
ayudadme a levantar.

ENRICO. Yo, padre, os quiero ayudar.

ANARETO. Fuerza me infunden tus brazos.

ENRICO. Quisiera en estos abrazos
la vida poderos dar.
Y digo, padre, la vida,
porque tanta enfermedad
es ya muerte conocida.

ANARETO. La [divina voluntad]²⁶
se cumpla.

²⁵ El original, visteis.

²⁶ El original, voluntad de Dios.

ENRICO. Ya la comida
os espera. ¿Llegaré
la mesa?

ANARETO. No, hijo mío,
que el sueño me vence.

ENRICO. ¿A fe?
Pues dormid.

ANARETO. Dadome ha un frío
muy grande.

ENRICO. Yo os llegaré
la ropa.

ANAPETO. No es menester.

ENRICO. Dormid.

ANARETO. Yo, Enrico, quisiera,
por llegar siempre a temer
que en viéndote es la postrera
vez que te tengo de ver...
Porque esta enfermedad
me trata con tal crueldad,
que quisiera que tomaras

estado.

ENRICO. ¿En eso reparas?
Cúmplanse tu voluntad.
Mañana pienso casarme.
(Aparte.)
Quiero darle este gusto,
aunque finja.

ANARETO. Será darme
la salud.

ENRICO. Hacer es justo
lo que tú puedes mandarme.

ANARETO. Moriré, Enrico, contento.

ENRICO. Darte gusto en todo intento,
por que veas de esta suerte
que por sólo obedecerte
me sujeto al casamiento.

ANARETO. Pues, Enrico, como viejo
te quiero dar un consejo.
No busques mujer hermosa,
porque es cosa peligrosa
ser en carcel mal segura

alcaide de una hermosura
donde es la afrenta forzosa.
Está atento, Enrico.

ENRICO. Di.

ANARETO. Y nunca entienda de ti
que de su amor no te fías,
que viendo que desconfías,
todo lo ha de hacer así.
Con tu mismo ser la iguala:
ámala, sirve y regala;
con celos no la des pena
que no hay mujer que sea buena
si ve que piensan que es mala.
No declares tu pasión
hasta llegar la ocasión,
y luego...
(Duérmese.)

ENRICO. Vencióle el sueño,
que es de los sentidos dueño,
a dar la mejor lición.
Quiero la ropa llegalle,
y de esta suerte dejalle
hasta que repose.
(Cúbrele y sale Galván.)

GALVÁN. Ya
todo prevenido está,
y mira que por la calle²⁷
viene Albano,
a quien la muerte has de dar.

ENRICO. Pues ¿yo he de ser tan tirano?

GALVÁN. ¡Cómo!

ENRICO. ¿Yo lo he de matar
por un interés liviano?

GALVÁN. ¿Ya tienes temor?

ENRICO. Galván,
estos dos ojos que están
con este sueño cubiertos,
por mirar que están despiertos
este temor me dan.
No me atrevo, aunque mi nombre
tiene su altivo renombre
en las memorias escrito,
intentar tan gran delito

²⁷ Quintilla incompleta.

donde está durmiendo este hombre.

GALVÁN. ¿Quién es?

ENRICO. Un hombre eminente
a quien temo solamente
y en esta vida respeto,
que para el hijo discreto
es el padre muy valiente.
Si conmigo le llevara
siempre, nunca yo intentara
los delitos que condeno,
pues fuera su vista el freno
que la ocasión me tirara.
Pero corre esa cortina,
que el no verle podrá ser
(pues mi favor afemina)
que rigor venga a tener
si ahora piedad me inclina.

GALVÁN. *(Corre la cortina.)*

Ya está cerrada.

ENRICO. Galván,
agora que no le veo
ni sus ojos luz me dan,
maternos, si es tu deseo,

cuantos en el mundo están.

GALVÁN. Pues mira que viene Albano,
y que de Laura al hermano
que le des muerte conviene.

ENRICO. Pues él a buscarla viene,
dale por muerto.

GALVÁN. Es llano²⁸
[Vanse.]
(Sale Albano, viejo, y pasa.)

ALBANO. El sol a poniente va,
como va mi edad también,
y con cuidado estará
mi esposa.

ENRICO. Brazo, detén

GALVÁN. ¿Qué aguardas ya?²⁹

ENRICO. Miro un hombre que es retrato
y viva imagen de aquel
a quien siempre de honrar trato:

²⁸ Verso incompleto.

²⁹ Verso incompleto.

pues di, si aquí soy cruel,
 ¿no seré a mi padre ingrato?
 Hoy de mis manos tiranas
 por ser viejo, Albano, ganas
 la cortesía que esperas,
 que son piadosas terceras,
 aunque mudas, esas canas.
 Vete libre; que repara
 mi honor (que así se declara,
 aunque a mi opinión no cuadre)
 que pensara que a mi padre
 mataba si te matara.
 ¡Ay, canas, las que aborrecen!
 Pocos las ofenderán,
 pues tan seguras se van
 cuando enemigos se ofrecen.

GALVÁN. Vive Dios que no te entiendo:
otro eres ya del que fuiste.

ENRICO. Poco mi valor ofendo.

GALVÁN. Darle la muerte pudiste.

ENRICO. No es eso lo que pretendo.
A nadie temí en mi vida;
varios delitos he hecho,

he sido fiero homicida,
y no hay maldad que en mi pecho
no tenga siempre acogida;
pero en llegando a mirar
las canas que supe honrar
porque en mi padre las vi,
todo el furor reprimí
y las procuré estimar.
Si yo supiera que Albano
era de tan larga edad,
nunca de Laura al hermano
prometiera tal crueldad.

GALVÁN. Respeto fue necio y vano.
El dinero que te dio,
por fuerza habrás de volver,
ya que Albano no murió.

ENRICO. Podrá ser.

GALVÁN. ¿Qué es podrá ser?

ENRICO. Podrá ser, si quiero yo.

GALVAN. Él viene.

(Sale Octavio.)

OCTAVIO. A Albano encontré
vivo y sano como yo.

ENRICO. Ya lo creo.

OCTAVIO. Y no pensé
que la palabra que dio
de matarle vuesasté,
no se cumpliera tan bien
como se cumplió la paga.
¿Esto es ser hombre de bien?

GALVÁN. Este busca que le den
un bofetón con la daga.

ENRICO. No mato a hombres viejos yo;
y si a voarcé le ofendio
vaya y mátele al momento,
que yo quedo muy contento
con la paga que me dio.

OCTAVIO. El dinero ha de volverme.

ENRICO. Váyase voarcé con Dios.
No quiera enojado verme;
que, ¡juro a Dios!...

GALVÁN. Ya los dos
riñen; el diablo no duerme.

OCTAVIO. Mi dinero he de cobrar.

ENRICO. Pues yo no lo pienso dar.

OCTAVIO. Eres un gallina.

ENRICO. Mientes.

OCTAVIO. Muerto soy.

ENRICO. Mucho lo sientes.

GALVÁN. Hubiérase ido a acostar.

ENRICO. A hombres como tú, arrogantes,
doy la muerte yo, no a vicios,
que con canas y consejos
vencen ánimos gigantes.
Y si quisieres probar
lo que llego a sustentar,
pide a Dios, si él lo permite,
que otra vez te resucite,
y te volveré a matar.
(Dentro dice el Gobernador.)

GOBERNADOR. Prendedle, dadle muerte.

GALVÁN. Aquesto es malo.
Más de cien hombres vienen a prenderte
con el gobernador.

ENRICO. Vengan seiscientos.
Si me prenden, Galván,
mi muerte es cierta;
si me defiendo, puede hacer mi dicha
que no me maten, y que yo me escape;
y más quiero morir con honra y fama.
Aquí está Enrico: ¿no llegáis, cobardes?

GALVÁN. Cercado te han por todas partes.

ENRICO. Cerquen,
que, vive Dios, que tengo de arrojarme
por entre todos.

GALVÁN. Yo tus pasos sigo.

ENRICO. Pues haz cuenta que César va contigo.
(Sale el Gobernador y mucha gente, y Enrico los mete a
todos a cuchilladas.)

GOBERNADOR. ¿Eres demonio?

ENRICO. Soy un hombre solo
que huye de morir.

GOBERNADOR. Pues date preso,
y yo te libraré.

ENRICO. No pienso en eso.
Así habéis de prenderme.

GALVÁN. Sois cobardes.

GOBERNADOR. ¡Ay de mí! Muerto soy.

UNO. ¡Gran desdicha!
¡Mató al gobernador! ¡Mala palabra!
(Retíra[n]los, y sale Enrico.)

ENRICO. Y aunque la tierra sus entrañas abra,
y en ella me sepulte, es imposible
que me pueda escapar; tú, mar soberbio
en tu centro me esconde; con la espada
en la boca tengo de arrojarme.
Tened misericordia de mi alma,
Señor inmenso, que aunque soy tan malo,
no dejo de tener conocimiento

de vuestra santa fe. Pero ¿qué hago?
 ¡Al mar quiero arrojarme cuando dejo
 triste, afligido un miserable viejo!
 Al padre de mi vida volver quiero,
 y llevarlo conmigo; a ser Eneas
 del viejo Anquises.

GALVÁN. ¿Dónde vas? Detente.

ENRICO. (Dentro.)
 Seguidme por aquí.

GALVÁN. Guarda tu vida.

ENRICO. Perdonad, padre de mis ojos,
 el no poder llevaros en mis brazos,
 aunque en el alma bien sé yo que os llevo.
 Sígueme tú, Galván.

GALVÁN. Ya te sigo.

ENRICO. Por tierra no podemos escaparnos.

GALVÁN. Pues arrójorne al mar.

ENRICO. Su centro airado
 sea sepulcro mío. ¡Ay padre amado!

¡Cuánto siento el dejaros!

GALVÁN. Ven conmigo.

ENRICO. Cobarde soy, Galván, si no te sigo.

(Sale Paulo de bandolero, y otros, y traen tres hombres; y Pedrisco de bandolero gracioso.)

[BANDOLERO] 1°. A ti solo, Paulo fuerte,
pues que ya todos te damos
palabra de obedecerte,
que sentencias esperamos
estos tres a vida o muerte.

PAULO. ¿Dejáronnos ya el dinero?

PEDRISCO. Ni una blanca nos han dado.

PAULO. Pues ¿qué aguardas, majadero?

PEDRISCO. Habémoselo quitado.

PAULO. ¿Que ellos no lo dieron? Quiero
sentenciar a todos tres.

PEDRISCO. Ya esperamos ver lo que es.

[Los 3 HOMBRES.] Ten con nosotros piedad.

PAULO. De ese roble los colgad.

[Los 3 HOMBRES.] ¡Gran señor!

PEDRISCO. Moved los pies,
que fruta extremada,
en esta selva apartada,
de todas aves rapantes.

PAULO. De esta crueldad no te espantes.

PEDRISCO. Ya no me espanto de nada.
Porque verte ayer, señor,
ayunar con tal fervor,
y en la oración ocupado,
en tu Dios arrebatado,
pedirle ánimo y fervor
para proseguir tu vida
en tan grande penitencia;
y en esta selva escondida
verte hoy con tanta violencia,
capitán de forajida
gente, matar pasajeros,
tras robarles los dineros;

¿qué mas se puede esperar?
Ya no me pienso espantar
[de nada].

PAULO. Los hechos fieros
de Enrico imitar pretendo,
y aun le quisiera exceder.
Perdone Dios si le ofendo,
que si uno el fin ha de ser
esto es justo, y yo me entiendo.

PEDRISCO. [A]sí³⁰ al otro le decían
que la esalera rodaba,
¿otros que rodar le vían.

PAULO. ¡Y a mí que a Dios adoraba,
y por santo me tenían
en este circunvecino
monte, el globo cristalino
rompiendo el ángel veloz,
me obligase con su voz
a dejar tan buen camino,
dándome el premio tan malo!
Pues hov verá el cielo en mí
si en las maldades no igualo

³⁰ El original, Y sí.

a Enrico.

PEDRISCO. ¡Triste de ti!

PAULO. Fuego por la vista exhalo.
Hoy, fieras, que en horizontes
y en napolitanos montes
hacéis dulce habitación,
veréis que mi corazón
vence a soberbios faetontes.
Hoy, árboles, que plumajes
sois de la tierra, o salvajes
por lo verde que os vestís,
el huésped que recibís
os hará varios ultrajes.
Más que la naturaleza
he de hacer por cobrar fama,
pues para mayor grandeza,
he de dar a cada rama,
cada día una cabeza.
Vosotros dais, por ser graves,
frutos al hombre suaves;
mas yo con tales racimos
pienso dar frutos opimos
a las voladoras aves:
en verano y en invierno
será vuestro fruto eterno;

y si pudiera hacer más,
más hiciera.

PEDRISCO. Tú te vas
gallardamente al infierno.

PAULO. Ve y cuélgalos al momento
de un roble.

PEDRISCO. Voy como el viento.

HOMBRE 1º ¡Señor!

PAULO. No me repliquéis
si acaso ver no queréis
el castigo más violento.

PEDRISCO. Venid los tres.

HOMBRE 2º ¡Ay de mí!

PEDRISCO. Yo he de ser verdugo aquí,
pues a mi dicha lo plugo,
para enseñar al verdugo
cuando me ahorquen a mí.
(Vase.)

PAULO. Enrico, si de esta suerte
yo tengo de acompañarte,
y si te has de condenar,
contigo me has de llevar,
que nunca pienso dejarte.
Palabra de ángel fue;
tu camino seguiré,
pues cuando Dios, juez eterno,
nos condenare al infierno,
ya habremos hecho por qué.
(Cantan dentro.)

MÚSICOS. No desconfíe ninguno,
aunque grande pecador,
de aquella misericordia
de que más se precia Dios.

PAULO. ¿Qué voz es ésta que suena?

BANDOLERO 2°. La gran multitud, señor,
Desos robles nos impide
ver dónde viene la voz.

MÚSICOS. Con firme arrepentimiento
de no ofender al Señor
llegue el pecador humilde,
que Dios le clará pedón.

PAULO. Subid los dos por el monte,
y ved si es algún pastor
el que canta este romance.

BANDOLERO 2°. A verlo vamos los dos.

MÚSICOS. Su majestad soberana
da voces al pecador,
por que le llegue a pedir
lo que a ninguno negó.

(Sale por el monte un pastorcillo tejiendo una
corona de flores.)

PAULO. Baja, [baja] pastarcillo;
que ya estaba, vive Dios,
confuso con tus razones,
admirado con tu voz.
¿Quién te enseñó ese romance,
que le escucho con temor,
pues parece que en ti [habla]³¹
mi propia imaginación?

PASTORCILLO. Este romance que he dicho
Dios, señor, me le enseñó;

³¹ El original, falta.

o la iglesia, su esposa,
a quien en la tierra dio
poder suyo.

PAULO. Bien dijiste.

PASTORCILLO. Advierte que creo en Dios
a pies juntillas, y sé,
aunque rústico pastor,
todos los diez mandamientos,
preceptos que Dios nos dio.

PAULO. ¿Y Dios ha de perdonar
a un hombre que le ofendió
con obras y con palabras
y pensamientos?

PASTORCILLO. ¿Pues no?
Aunque sus ofensas sean
más que átomos del sol,
y que estrellas tiene el cielo,
y rayos la luna dio,
y peces el mar salado
en sus cóncavos guardó.
Esta es su misericordia;
que con decirla al Señor:
Pequé, pequé muchas veces,

lo recibe al pecador
en sus amorosos brazos;
que en fin hace como Dios,
Porque si no fuera aquesto,
cuando a los hombres crió,
no los criara sujetos
a su frágil condición.
Porque si Dios, sumo bien,
de nada al hombre formó,
para ofrecerle su gloria,
no fuera ningún blasón
en su majestad divina
dalle aquella imperfección.
Diole Dios libre albedrío,
Y fragilidad le dio
al cuerpo y al alma; luego
dio potestad con acción
de pedir misericordia
que a ninguno le negó.
De modo que, si en pecado
el hombre, el justo rigor
procediera contra él,
fuera el número menor
de los que en el sacro alcázar
están contemplando a Dios.
La fragilidad del cuerpo
es grande; que en una acción,

en un mirar solamente
con deshonesta afición,
se ofende a Dios: de ese modo,
porque está triste ofensor,
con la imperfección que tuvo,
le ofende una vez o dos,
¿se había de condenar?
No, señor, aqueso, no.
que es Dios misericordioso,
y estima al más pecador,
porque todos igualmente
costaron el sudor
que sibéis, y aquella sangre
que liberal derramó,
haciendo un mar a su cuerpo,
que amoroso dividio
en cinco sangrientos ríos;
que su espíritu formó
nueve meses en el vientre
de aquella que mereció
ser virgen cuando fue madre,
y el claro oriente del sol,
que como clara vidriera,
sin que rompiese entró.
Y si os guiáis por ejemplos,
Decid: ¿no fue pecador
Pedro, y mereció después

ser de las almas pastor?
Mateo su coronista,
¿no fue también su ofensor?;
y luego, ¿no fue su apóstol,
y tan gran cargo le dio?
¿No fue pecador San Francisco?
Luego, ¿no le perdonó
y a modo de honrosa empresa
en su cuerpo le imprimió
aquellas llagas divinas
que le dieron tanto honor,
dignándole de tener
tan excelente blasón?
¿La pública pecadora,
Palestina no llamó
a Magdalena, y fue. santa
por su santa conversión?
Mil ejemplos os dijera
a estar despacio, señor;
mas mi ganado me aguarda,
y ha mucho que ausente estoy.

PAULO. Tente, pastor no te vayas.

PASTORCILLO. No puedo tenerme, no,
que ando por aquestos valles
recogiendo con amor

una ovejuela perdida
que del rebaño huyó;
y esta corona que veis
hacerme con tanto amor,
es para ella, si parece,
porque hacérmela mandó
el mayoral, que la estima
del modo que lo costó.
El que a Dios tiene ofendido,
pídale perdón a Dios,
porque es Señor tan piadoso
que a ninguno le negó.

PAULO. Aguarda, pastor.

PASTORCILLO. No puedo.

PAULO. Por fuerza te tendré yo.

PASTORCILLO. Será detenerme a mí
parar en su curso al sol.

PAULO. Este pastor me ha avisado
en su forma peregrina,
no humana sino divina,
que tengo a Dios enojado
por haber desconfiado

de su piedad (claro está);
 y con ejemplos me da
 a entender piadosamente
 que el hombre que se arrepiente
 perdón en Dios hallará.
 Pues si Enrico es pecador,
 ¿no puede también hallar
 perdón? Ya ven, go a pensar
 que ha sido grande mi error.
 Mas ¿cómo dará el Señor
 perdón a quien tiene nombre
 ¡ay de mí!, del más mal hombre
 que en este mundo ha nacido?
 Pastor, que de mí has huído,
 no te espantes que me asombre.
 Sí él tuviera algún intento
 de tal vez arrepentirse,
 lo que por engaño siento,
 bien pudiera resistirse,
 y yo viviera contento.
 ¿Por qué, pastor, queréis vos
 que halle su remedio medio?
 Alma, ya no hay más remedio
 que el condenarnos los dos.

(Sale Pedrisco.)

PEDRISCO. Escucha, Paulo, y sabrás,

aunque de ello ajeno estás
 y lo atribuyas a engaño,
 el suceso más extraño
 que tú habrás visto jamás.
 En esa verde ribera
 de tantas fieras aprisco,
 donde el cristal reverbera,
 cuando el afligido risco
 su tremendo golpe espera;
 después de dejar colgados
 aquellos tres desdichados,
 estábamos Celio y yo,
 cuando una voz que se oyó
 nos dejó medio turbados.
 «Que me ahogo», dijo, y vimos
 cuando la vista tendimos,
³²
 como en el mar hay tormenta,
 y está de sangre cubierta,
 para anegallos bramaba.
 Ya en las estrellas los clava,
 ya en su centro los a[s]jienta.
 En los cristales no helados
 las dos cabezas se vían
 de aquestos dos desdichados

³² Faltan versos, que debían decir que se veían dos hombres heridos luchando con las olas. Todo el pasaje está alterado.

y las olas parecían
ser tablas de degollados.
Llegaron al fin, mostrando
el valor que significo;
mas por no estarte cansando,
has de saber que es Enrico
el uno.

PAULO. Estoilo dudando.

PEDRISCO. No lo dudes, pues yo llego
a decirlo, y no estoy ciego.

PAULO. ¿Vístele tú?

PEDRISCO. Vile yo.

PAULO. ¿Qué hizo al salir?

PEDRISCO. Echó
un por vida y un reniego.
Mira ¡qué gracias le daba
a Dios que así le libraba!

PAULO. ¡Y dirá ahora el pastor
que le ha de dar el Señor
perdón! El Juicio me acaba.

Mas poco puedo perder,
pues aquí le llezo a ver,
en proballe la intención.

PEDRISCO. Ya le trae tu escuadrón.

PAULO. Pues oye lo que has de hacer.
(Sacan a Enrico y a Galván atados y mojados.)

ENRICO. ¿Dónde me lleváis así?

BANDOLERO 1º. El capitán está aquí,
que la respuesta os dará.
(Vase.)

PAULO. Haz esto.

PEDRISCO. Todo se hará.

BANDOLERO 1º. Pues ¿vase el capitán?

PEDRISCO. Sí
¿Dónde iban vuestras mercedes,
que en tan gran peligro dieron,
como es caminar por agua?
¿No responden?

ENRICO. Al infierno.

PEDRISCO. Pues ¿quién le mete en cansarse,
cuando hay diablos tan ligeros
que le llevarán de balde?

ENRICO. Por agradecerles menos.

PEDRISCO. Habla voarcé muy bien,
y hace muy a lo discreto
en no agradecer al diablo
cosa que haga en su provecho.
¿Cómo se llama voarcé?

ENRICO. Llámome el diablo.

PEDRISCO. Y por eso
se quiso arrojar al mar,
para remojar el fuego.
¿De dónde es?

ENRICO. Si de cansado
De reñir con agua y viento
no arrojara al mar la espada,
yo os respondiera bien presto
a vuestras necias preguntas
con los filos de su acero.

PEDRISCO. Oye, hidalgo, no se atufe
Ni os eche tantos retos,
Que lo juro a Dios, si me enojo,
que le barrene ese cuerpo
más de setecientas veces,
sin las que [en] su nacimiento
barrenó naturaleza.
Y ha de advertir que esta preso,
y que si es valiente, yo
soy valiente como un Hector;
y que si él ha hecho muertes,
sepa que también yo he muerto
muchas hambres y candiles
y muchas pulgas a tienta.
Y si es ladrón, soy ladrón,
y soy el demonio mismo,
Y ¡por vida...!

BANDOLERO 1°. Bueno está.

ENRICO. ¿Esto sufro, y no me vengo?

PEDRISCO. Ahora ha de quedar atado
a un árbol.

ENRICO. No me defiendo.

haced de mí vuestro gusto.

PEDRISCO. Y él también.

GALVÁN. De esta vez muero.

PEDRISCO. Si son como vuestra cara,
vos tenéis bellacos hechos.
Ea, llegaldos a atar,
que el capitán gusta de ello.
Llegad al árbol.
(*Átalos.*)

ENRICO. Qué así
me quiera tratar el cielo!

PEDRISCO. Llegad vos.

GALVÁN. ¡Tened piedad!

PEDRISCO. Vendarles los ojos quiero
con las ligas a los dos.

GALVÁN. ¡Vióso tan extraño aprieto?
Mire vuesarcé que yo
vivo de su oficio mesmo,
y que soy ladrón también.

PEDRISCO. Ahorrará con³³ aquesto
de trabajo a la justicia
y al verdugo de contento.

BANDOLERO 1º. Ya están vendados y atados.

PEDRISCO. Las flechas y arcos tomemos,
y dos docenas, no más,
clavemos en cada cuerpo.

BANDOLERO 1º. Vamos.

PEDRISCO. [Aparte.] Aquesto es fingido:
nadie los ofenda.

BANDOLERO 1º. Creo
que el capitán los conoce.

PEDRISCO. Vamos, y así los dejemos.

GALVÁN. Ya se van a asaetarnos.

ENRICO. Pues no por aquesto pienso
mostrar flaqueza ninguna.

³³ El original, ahorra razón.

GALVÁN. Ya me parece que siento
una jara en estas tripas.

ENRICO. Vénguese en mí el justo cielo,
que quisiera arrepentirme,
y cuando quiero, no puedo.
(Salen Paulo, de ermitaño, con cruz y rosario.)

PAULO. Con esta traza he querido
probar si este hombre se acuerda
de Dios, a quien ha ofendido.

ENRICO. ¡Que un hombre la vida pierda
de nadie visto ni oído!

GALVÁN. Cada mosquito que pasa
me parece que es saeta.

ENRICO. El corazón se me abrasa.
¡Qué mi fuerza esté sujeta!
¡Ah fortuna en todo escasa!

PAULO. Alabado sea el Señor.

ENRICO. Sea por siempre alabado.

PAULO. Sabed con vuestro valor
llevar este golpe airado
de fortuna.

ENRICO. ¡Gran rigor!
¿Quién sois vos que así me habláis?

PAULO. Un monje que este desierto,
donde la muerte esperáis,
habita.

ENRICO. ¡Bueno, por cierto!
Y ahora, ¿qué nos mandáis?

PAULO. A los que al roble os ataron
y a mataros se apartaron,
supliqué con humildad
que ya que con tal crueldad
de daros muerte trataron,
que me dejasen llegar
a hablaros.

ENRICO. ¿Y para qué?

PAULO. Por si os queréis confesar,
pues seguís de Dios la fe.

ENRICO. Pues bien se puede tornar,
padre, o lo que es.

PAULO. ¿Qué decís?
¿No sois cristiano?

ENRICO. Sí soy.

PAULO. No lo sois, pues no admitís
el último bien que os doy.
¿Por qué no lo recibíis?

ENRICO. Porque no quiero.

PAULO. [Aparte.] ¡Ay de mí!
Esto mismo presumí.
¿No veis que os han de matar
ahora?

ENRICO. ¿Quiere callar,
hermano, y dejarme aquí?
Si esos señores ladrones
me dieran muerte, aquí estoy.

PAULO. [Aparte.] ¡En qué grandes confusiones
tengo el alma!

ENRICO. Yo no doy
a nadie satisfacciones.

PAULO. A Dios, sí.

ENRICO. Si Dios ya sabe
que soy gran pecador,
¿para qué?

PAULO. ¡Delito grave!
Para que su sacro amor
de darle perdón acabe.

ENRICO. Padre, lo que nunca he hecho,
tampoco he de hacer ahora.

PAULO. Duro peñasco es su pecho.

ENRICO. Galván, ¿qué hará la señora
Celia?

GALVÁN. Puesto en tanto estrecho,
¿quién se ha de acordar de nada?

PAULO. No se acuerde de esas cosas.

ENRICO. Padre mío, ya me enfada.

PAULO. Estas palabras piadosas
¿le ofenden?

ENRICO. Cosa es cansada;
pues si no estuviera atado,
ya yo lo hubiera arrojado
de una coz dentro del mar.

PAULO. Mire que le han de matar.

ENRICO. Ya estoy de aguardar cansado.

GALVÁN. Padre, confiésemme a mí,
que ya pienso que estoy muerto.

ENRICO. Quite esa liga de aquí,
padre.

PAULO. Sí haré, por cierto.
(Quítales las vendas.)

ENRICO. Gracias a Dios que ya vi.

GALVÁN. Y a mí también.

PAULO. En buen hora,

y vuelvan la vista ahora
a los que a matarlos vienen.

(Salen los bandoleros con escopetas y ballestas.)

ENRICO. Pues ¿para qué se detienen?

PEDRISCO. Pues que ya su fin no ignora,
digo, ¿por qué no confiesa?

ENRICO. No me quiero confesar.

PEDRISCO. Celio, el pecho le atraviesa.

PAULO. Dejad que le vuelva a hablar.
Desesperación es ésa³⁴.

PEDRISCO. Ea, llegalde a matar.

PAULO. Deteneos (¡triste pena!)
porque si éste se condena,
me queda más que dudar.

ENRICO. Cobardes sois; ¿no llegáis,
y puerta a mi pecho abrís?

³⁴ El original, ésta.

PEDRISCO. De esta vez no os detengáis.

PAULO. Aguardad, que si lo herís,
 más confuso me dejáis.
 Mira que eres pecador,
 hijo.

ENRICO. Y del mundo el mayor:
 ya lo sé.

PAULO. Tu bien espero.
 Confíesate a Dios.

ENRICO. No quiero,
 cansado predicador.

PAULO. Pues salga del pecho mio,
 si no dilatado río
 de lágrimas, tanta copia,
 que se anegue el alma propia,
 pues ya de Dios desconfío.
 Dejad de cubrir, sayal,
 mi cuerpo, pues está mal,
 según siente el corazón,
 una rica guarnición
 sobre tan falso cristal.
 En mis torpezas resbalo,

y a la culebra me igualo;
 mas mi parecer condeno,
 porque yo desecho el bueno,
 mas ella desecha el malo.
 Mi adverso fin no resisto,
 pues mi desventura he visto,
 y da claro testimonio
 el vestirme de demonio
 y el desnudarme de Cristo.
 Colgad ese saco ahí
 para que diga, ¡ay de mí!
 En tal puesto me colgó
 Paulo que no mereció
 la gloria que encierro en mí.
 Dadme la daga y la espada;
 esa cruz podéis tomar;
 ya no hay esperanza en nada,
 pues no me sé aprovechar
 de aquella sangre sagrada.
 Desatadlos.

ENRICO. Ya lo estoy,
 y lo que no he visto creo.

GALVÁN. Gracias a los cielos doy.
 [ENRICO.] Saber la verdad deseo.

PAULO.

¡Qué desgracia!

Un ángel, rompiendo nubes
y cortinas de oro y plata,
preguntándolo yo a Dios
qué fin tendría: «Repara
(me dijo), ve a la ciudad,
y verás a Enrico (¡ ay alma!)
hijo del noble Anareto,
que en Nápoles tiene fama.
Advierte bien en sus hechos,
y contempla en sus palabras,
que si Enrico al cielo fuere,
el cielo también te aguarda;
y si al infierno, el infierno.»
Yo entonces imaginaba
que era algún santo este Enrico;
pero los deseos se engañan.
Fuí allá, vite luego al punto,
y de tu boca y por fama
supe que eras el peor hombre
que en todo el mundo se halla.
Y así, por tener tu fin,
quitéme el saco, y las armas tomé,
y el cargo me dieron
de esta forajida escuadra.
Quise probar tu intención,
por saber si te acordabas

de Dios en tan fiero trance;
pero salióme muy vana.
Volví a desnudarme aquí,
como viste, dando al alma
nuevas tan tristes, pues ya
la tiene Dios condenada.

ENRICO. Las palabras que Dios dice
por un ángel, son palabras,
Paulo amigo, en que se encierran
cosas que el hombre no alcanza.
No dejara yo la vida
que seguías, pues fue causa
de que quizá te condenes
el atreverte a dejarla.
Desesperación ha sido
lo que has echo, y aun venganza
de la palabra de Dios,
y una oposición tirana
a su inefable poder;
y al ver que no desenvaina
la espada de su justicia
contra el rigor de tu causa,
veo que tu salvación
desea; mas ¿qué no alcanza
aquella piedad divina,

blasón de que más se ha[]aba?³⁵
Yo soy el hombre más malo
que naturaleza humana
en el mundo ha producido;
el que nunca habló palabra
sin juramento, el que a tantos
hombres dio muertes tiranas;
el que nunca confesó
sus culpas, aunque son tantas;
el que jamás se acordó
de Dios y su Madre Santa;
ni aun ahora lo hiciera,
con ver puestas las espadas
a mi valeroso pecho;
mas siempre tengo esperanza
en que tengo de salvarme,
puesto que no va fundada
mi esperanza en obras mías,
sino en saber que se humana
Dios con el más pecador,
Y con su piedad se salva.
Pero ya, Paulo, que has hecho
ese desatino, trata
de que alegres y contentos
los dos en esta montaña

³⁵ El original, acaba.

pasemos alegre vida,
mientras la vida se acaba.
Un fin ha de ser el nuestro:
si fuere nuestra desgracia
el carecer de la gloria
que Dios al bueno señala,
mal de muchos, gozo es;
pero tengo confianza
en su piedad, que siempre
vence a su justicia sacra.

PAULO. Consoládome has un poco.

GALVÁN. Cosa es, por Dios, que me espanta.

PAULO. Vamos donde descanséis.

ENRICO. [Aparte.] ¡Ay, padre de mis entrañas!
Una joya, Paulo amigo,
en la ciudad olvidada
se me queda; y aunque temo
el rigor que me amenaza,
si allá muero, he de ir por ella,
pereciendo en la demanda.
Un soldado de los tuyos
irá conmigo.

PAULO. Pues vaya
Pedrisco, que es animoso.

PEDRISCO. Por Dios, que ya me espantaba
que no encontraba conmigo.

PAULO. Dalde la mejor espada
a Enrico, y en esas yeguas
que al ligero viento igualan,
os pondréis allá en dos horas.

GALVÁN. Yo me quedo en la montaña
a hacer tu oficio.

PEDRISCO. Yo voy
donde paguen mis espaldas
los delitos que tú has hecho.

ENRICO. Adios, amigo.

PAULO. Ya basta
el nombre para abrazarte.

ENRICO. Aunque malo, confianza
tengo en Dios.

PAULO. Yo no la tengo
cuando son mis culpas tantas.
Muy desconfiado soy.

ENRICO. Esa desconfianza
te tiene de condenar.

PAULO. Ya lo estoy; no importa nada.
¡Ah Enrico! nunca nacieras.

ENRICO. Es verdad; mas la esperanza
que tengo en Dios, ha de hacer
que haya piedad de mi causa.

FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

JORNADA TERCERA

(Salen Pedrisco y Enrico en la cárcel, presos.)

PEDRISCO. ¡Buenos estamos los dos!

ENRICO. ¿Qué diablos estás llorando?

PEDRISCO. ¿Qué diablos he de llorar?
¿No puedo yo lamentar
pecados que estoy pagando
sin culpa?

ENRICO. ¿Hay vida como ésta?

PEDRISCO. ¡Cuerpo de Dios con la vida!

ENRICO. ¿Fáltate aquí la comida?
¿No tienes la mesa puesta

ENRICO. Quedo, que Celia es esta.

PEDRISCO. ¿Quién?

ENRICO. Quien más que a sí me adora,
mi remedio llega ahora.

PEDRISCO. Bravamente me molesta
la hambre.

ENRICO. ¿Tiene acaso
en qué echar todo el dinero
que ahora de Celia espero?

PEDRISCO. Con toda el hambre que paso,
Me he acordado, vive Dios,
de un talego que aquí tengo.
(Saca un talego.)

ENRICO. Pequeño es.

PEDRISCO. A pensar vengo
que estamos locos los dos:
tú en pedirle, en darle yo.

ENRICO. ¡Celia hermosa de mi vida!

CELIA. [Aparte.] ¡Ay de mí! Yo soy perdida.
 Enrico es el que llamó.
 Señor Enrico.

PEDRISCO. ¿Señor?
 No es buena tanta crianza.

ENRICO. Ya no tenía esperanza,
 Celia, de tan gran favor.

CELIA. ¿Cómo estás?

ENRICO. Bueno, y ahora mejor, pues ven
 a costa de mil suspiro³⁶
 mis ojos los tuyos graves.

CELIA. Yo os quiero dar...

PEDRISCO. ¡Linda cosa!
 ¡Oh! ¡Qué mujer tan hermosa!
 ¡Qué~ palabras tan suaves!
 Alto, prevengo el talego.
 Pienso que no han de caber...

³⁶ Falta un verso para la redondilla pero no para el sentido.

ENRICO. Celia. quisiera saber³⁷
qué me das.

PEDRISCO. Tu dicha es llana.

CELIA. Las nuevas de que mañana
a ajusticiaros saldrán.

PEDRISCO. El talego está ya lleno;
otro es menester buscar.

ENRICO. ¡Que aquesto llegue a escuchar!
Celia, escucha.

PEDRISCO. ¡Aquesto es bueno!

CELIA. Ya estoy casada.

ENRICO. ¡Casada!
Vive Dios!

PEDRISCO. Tente.

³⁷ Falta un verso para la redondilla pero no para el sentido.

ENRICO. ¿Qué aguardo?
 ¿Con quién, Celia?

CELIA. Con Lisardo,
 y estoy muy bien empleada.

ENRICO. Mataréle.

CELIA. Dejaos de eso,
 y poneos bien con Dios.

LIDORA. Vamos, Celia.

ENRICO. Pierdo el seso.
 Celia, mira.
 Estoy de prisa.

PEDRISCO. Por Dios, que estoy por reírme.

CELIA. Ya sé que queréis decirme:
 que se os diga alguna misa.
 Yo lo haré; quedad con Dios.

ENRICO. ¡Quién rompiera estas rejas!

LIDORA. No escuches Celia, mas quejas;
 Vámonos de aquí los dos.

ENRICO. ¡Que esto sufro!

PEDRISCO. ¿Hay tal crueldad?
¡Lo que pesa este talego!

CELIA. ¡Qué braveza!
(Vase.)

ENRICO. Yo estoy ciego.
¿Hay tan grande libertad?

PEDRISCO. Ya no entiendo la moneda
que hay en este talego,
que, vive Dios, que no pesa
una paja.

ENRICO. Santo cielos!
¡Que estas afrentas sufra!
¿Cómo no rompo estos hierros?
¿Cómo estas rejas no arranco?

PEDRISCO. Detente.

ENRICO. Déjame, necio.
¡Vive Dios, que he de rompellas
y he de castigar mis celos!

PEDRISCO. Los porteros vienen.

ENRICO. Vengan.
(Sale un portero.)

PORTERO. ¿Ha perdido acaso el seso
el homicida ladrón?

ENRICO. Moriré si no me vengo.
De mi cadena haré espada.

PEDRISCO. Que te detengas te ruego.

PORTERO. Asilde, matalde, muera.

ENRICO. Hoy veréis, infames presos,
de los celos el poder
en desesperados pechos.

PORTERO. Un eslabón me alcanzó,
y dio conmigo en el suelo.

ENRICO. ¿Por qué, cobardes, huís?

PEDRISCO. Un portero deja muerto.
(Dentro)

Matalde.

ENRICO. ¿Qué es matar
A falta de noble acero,
no es mala esta cadena
con que mis agravios vengo.
¿Para qué de mí huís?

PEDRISCO. Al alboroto y estruendose
ha levantado el alcaide.
(Salen el alcaide y gente, y asen a Enrico.)

ALCAIDE. ¡Hola! Teneos. ¿Qué es esto?

PORTERO. Ha muerto ese ladrón
a Fidelio.

ALCAIDE. Vive el cielo,
que a no saber que mañana
dando público escarmiento
has de morir aborcado,
que hiciera en tu aleve pecho
mil bocas con esta daga.

ENRICO. ¡Que esto sufro. Dios eterno!
¡Que mal me traten así!
Fuego por los ojos vierto.

No pienses, alcaide infame,
que te tengo algún respeto
por el oficio que tienes,
sino porque mas no puedo;
que a poder, ¡ah cielo airado!
entre mis brazos soberbios
te hiciera dos mil pedazos;
y despedazado el cuerpo
me le comiera a bocados,
y que no quedara, pienso,
satisfecho de mi agravio.

ALCAIDE. Mañana a las diez, veremos
si es más valiente un verdugo
que todos vuestros aceros,
Otra cadena le echad.

ENRICO. Eso, sí, venp:an más hierros,
que de hierros no se escapa
hombre que tantos ha hecho.

ALCAIDE. Metedle en un calabozo.

ENRICO. Ese sí es justo premio,
que hombre de Dios enemigo,
no es justo que mire el cielo.

PEDRISCO. ¡Pobre y desdichado Enrico!

PORTERO. Más desdichado es el muerto,
que el cadenazo cruel
le echó en la tierra los sesos.

PEDRISCO. Ya quieren dar la comida.

(Dentro).

Vayan llegando. mancebos,
por la comida.

PEDRISCO. En buen hora,
porque mañana sospecho
que han de añudarme el tragar,
y será acertado medio
que lleve la alforja echa
para que allá convidemos
a los demonios magnates
a la entrada del infierno.

(Vase, y sale Enrico).

En lóbrega confusión,
ya, valiente Enrico, os véis;
pero nunca desmayéis;
tened fuerte el corazón,
porque esta es la ocasión
en que tenéis de mostrar
el valor que os ha de dar

nombre altivo, ilustre fama.

Mirad...

(Dentro).

Enrico.

ENRICO

¿Quién llama?

Esta voz me hace temblar.

Los cabellos erizados

pronostican mi temor;

mas ¿dónde está mi valor?

¿Dónde mis hechos pasados?

(Dentro).

Enrico.

ENRICO.

Muchos cuiandos

siente el alma. ¡Cielo santo!

¿Cúya es voz que tal espanto

infunde en el alma mía?

(Dentro).

Enrico.

ENRICO.

A llamar porfía.

De mi flaqueza me espanto.

A esta parte la voz suena

que tanto temor me da.

¿Si es preso que está

amarrado a la cadena?

Vive Dios que me da pena.
(Sale el Demonio y no le ve.)

DEMONIO. Tu desgracia lastimosa
siento.

ENRICO. ¡Qué confuso abismo!
No me conozco a mí mismo,
y el corazón no reposa.
Las alas está batiendo
con impulsos de temor;
Enrico, ¿éste es el valor?
Otra vez se oye el estruendo.

DEMONIO. Librarte, Enrico, pretendo.

ENRICO. ¿Cómo te puedo creer,
voz, si no llego a saber
quién eres y adónde estás?

DEMONIO. Pues agora me verás.

ENRICO. Ya no te quisiera ver.

DEMONIO. No temas.

ENRICO. ¿Que me dices, pensamiento?
 ¿Libraréme? Claro está.
 Aliento el temor me da
 de la muerte que me aguarda.
 Voime. Mas, ¿quién me acobarda?
 Mas otra voz suena ya.
 (*Cantan adentro*).

MÚSICOS. Detén el paso violento;
 mira que te está mejor
 que de la prisión librate
 el estarte en la prisión.

ENRICO. Al revés me ha aconsejado
 la voz que en el aire he oído,
 pues mi paso ha detenido,
 si tú le has acelerado.
 Que me está bien he escuchado
 el estar en la prisión.

DEMONIO. Esa, Enrico, es ilusión
 que te representa el miedo.

ENRICO. Yo he de morir si [me] quedo:
 quírome ir; tienes razón.

MÚSICOS. Detente, engañado Enrico;
 no huyas de la prisión,

pues morirás si salieres,
y si te estuvieres, no.

ENRICO. Que si salgo he de morir,
y si quedo viviré,
dice la voz que escuché.

DEMONIO. ¿Que al fin no te quieres ir?

ENRICO. Quedarme es mucho mejor.

DEMONIO. Atribúyelo al temor;
pero, pues tan ciego estás,
quédate preso, y verás
cómo te ha estado peor.
(Vase).

ENRICO. Desapareció la sombra,
y confuso me dejó.
¿No es este el portillo? No.
Este prodigio me asombra.
¿Estaba ciego yo, o vi
en la pared un portillo?
Pero yo me maravillo
del gran temor que hay en mí.
¿No puedo salirme yo?
Sí; bien me puedo salir.

Pues, ¿cómo? - ¡Que he de morir!
La voz me atemorizó.
Algún gran daño se infiere
de lo turbado que estoy.
No importa, ya estoy
aquí para el mal que me viniere.
(Sale el alcaide con la sentencia.)

ALCAIDE. Yo solo tengo de entrar;
los demás pueden quedarse.
Enrico.

ENRICO. ¿Qué [me] mandáis?

ALCAIDE. En los rigurosos trances
se echa de ver el valor:
agora podréis mostrarle.
Estad atento.

ENRICO. Decid.

ALCAIDE. [Aparte.]
Aun no ha mudado el semblante.

«En el pleito que es entre partes, de la una, el promotor fiscal de Su Majestad, aumente, y de la otra, creo acusado, Enrico, por los delitos que tiene en el proceso

Vive Dios, canalla, infame,
que he de dar fin con vosotros.

ALCAIDE. El demonio que te aguarde.
(Vase.)

ENRICO. Ya estoy sentenciado a muerte;
ya mi vida miserable
tiene de plazo dos horas.
Voz que mi daño causaste,
¿no dijiste que mi vida
si me quedaba en la cárcel
sería cierta? ¡Triste suerte!
Con razón debo culparte,
pues en esta cárcel muero
cuando pudiera librarme.
(Sale un portero.)

PORTERO. Dos padres de San Francisco
están para confesarte
aguardando afuera.

ENRICO. ¡Bueno!
¡Por Dios que es gentil donaire!
Digan que se vuelvan luego
a su convento los frailes,
si no es que quieran saber

a lo que estos hierros saben.

PORTERO. Advierte que has de morir.

ENRICO. Moriré sin confesarme,
que no ha de pagar ninguno
las penas que yo pasare.

PORTERO. ¿Qué más hiciera un gentil?

ENRICO. Esto que lo he dicho baste;
que, por Dios, si me amohino,
que ha de llevar las señales
de la cadena en el cuerpo.

PORTERO. No aguardo más.
(*Vase.*)

ENRICO. Muy bien hace.
¿Qué cuenta daré yo a Dios
de mi vida, ya que el trance
último llega de mí?
¿Yo tengo de confesarme?
Parece que es necesidad.
¿Quién podrá ahora acordarse
de tantos pecados viejos?
¿Qué memoria habrá que baste

a recorrer las ofensas
que a Dios he hecho? Más vale
no tratar de estas cosas.
Dios es piadoso y es grande:
su misericordia alabo;
con ella podré salvarme.

(Sale Pedrisco.)

PEDRISCO. Advierte que has de morir,
y que ya aquestos dos padres
están de aguardar cansados.

ENRICO. ¿Pues he dicho yo que aguarden?

PEDRISCO. ¿No crees en Dios?

ENRICO. Juro a Cristo
que pienso que he de enojarme,
y que en los padres y en ti
he de vengar mis pesares.
Demonios, ¿qué me queréis?

PEDRISCO. Antes pienso que son ángeles
los que esto a decirte vienen.

ENRICO. No acabes de amohinarme,
que, por Dios, que de una coz

te eche fuera de la cárcel.

PEDRISCO. Yo te agradezco el cuidado.

ENRICO. Vete fuera y no me canses.

PEDRISCO. Tú, te vas, Enrico mío,
al infierno como un padre.
(Vase.)

ENRICO. Voz, que por mi mal te oí
en esa región del aire,
¿fuiste de algún enemigo
que así pretendió vengarse
¿No dijiste que a mi vida
la importaba de la cárcel
no hacer ausencia? Pues di,
¿cómo quieren ya sacarme
a ajusticiar? Falsa fuiste;
pero yo también cobarde,
pues que me pude salir
y no dar venganza a nadie.
Sombra triste, que piadosa
la verdad me aconsejaste,
vuelve otra vez, y verás
cómo con pecho arrogante
salgo a tu tremenda voz

Enrico, si ese nombre
será razón que me cuadre,
aunque mi rigor te asombre.

ENRICO. Eso ¿es palabra de padre?

ANARETO. No es bien que padre me nombre
un hijo que no cree en Dios.

ENRICO. Padre mío, ¿eso decís?

ANARETO. No sois ya mi hijo vos,
pues que mi ley no seguís.
Solos estamos los dos.

ENRICO. No os entiendo.

ANARETO. ¡Enrico, Enrico!
A reprenderos me aplico
vuestro loco pensamiento,
siendo la muerte instrumento
que tan cierto os pronostico.
Hoy os han de ajusticiar,
¡y no os queréis confesar!
¡Buena cristiandad, por Dios!,
pues el mal es para vos
y para vos el pesar.

Aqueso es tomar venganza
de Dios; el poder alcanza
del imperio cielo eterno.
Enrico, ved que hay infierno
para tan larga esperanza.
Es el quererte vengar
de esa suerte, pelear
con un monte o una roca,
pues cuando el brazo le toca,
es para el brazo el pesar.
Es, con dañoso desvelo,
[escupir el hombre al cielo]
presumiendo darle enojos,
pues que le cae en los ojos
lo mismo que arroja al cielo.
Hoy has de morir; advierte
que ya está echada la suerte;
confiesa a Dios tus pecados,
y así, siendo perdonados,
será vida lo que es muerte.
Si quieres mi hijo ser,
lo que te digo has de hacer.
Si no (de pesar me aflijo),
ni te has de llamar mi hijo
ni yo te he de conocer.

ENRICO. Bueno esta, padre querido;

que más el alma ha sentido
(buen testigo de ello es Dios)
el pesar que tenéis vos,
que el mal que espero afligido.
Confieso, padre que erré;
pero yo confesaré
mis pecados, y después
besaré a todos los pies
para mostraros mi fe.
Basta que vos lo mandéis,
padre mío de mis ojos.

ANARETO. Pues ya mi hijo seréis.

ENRICO. No os quisiera dar enojos.

ANARETO. Vamos, porque os confeséis.

ENRICO. ¡Oh, cuánto siento el dejaros!

ANARETO. ¡Oh, cuánto siento el perderos!

ENRICO. ¡Ay ojos! Espejos claros,
antes hermosos luceros,
pero ya de luz avaros.

ANARETO. Vamos, hijo.

Vos, Virgen bella, que estáis
 de paraninfos cercada,
 y siempre amparo os llamáis
 de todos los pecadores,
 yo lo soy, por mí rogad.
 Decilde que se le acuerde
 a su Sacra Majestad
 de cuando en este mundo
 empezó a peregrinar.
 Acordalde los trabajos
 que pasó en él por salvar.
 Los que inocentes pagaron
 por ajena, voluntad.
 Decilde que yo quisiera,
 cuando comience a gozar
 entendimiento y razón,
 pasar mil muertes y más
 antes que haberle ofendido.

ANARETO. Adentro priesa [me] dan³⁸

ENRICO. ¡Gran Señor, misericordia!
 No puedo deciros mas.

³⁸ El original, Adentro dan priesa.

ANARETO. ¡Que esto llegue a ver un padre!

ENRICO. [Para sí.]
La enigma he entendido ya
de la voz y de la sombra.
La voz era angelical,
y la sombra era el demonio.

ANARETO. Vamos, hijo.

ENRICO. ¿Quién oirá
ese nombre que no haga
de sus dos, ojos un mar?
No os apartéis, padre mío,
hasta que hayan de expirar
mis ojos.

ANARETO. No hayas miedo.
Dios te dé favor.

ENRICO. Sí hará,
que es mar de miserivordia,
aunque yo voy muerto ya.

ANARETO. Ten valor.

ENRICO. En Dios confío.

Vamos, padre, donde están
los que han de quitarme el ser
que vos me pudisteis dar.

(Vanse y sale Paulo.)

PAULO. Cansado de correr vengo
por este monte intrincado,
atrás la gente he dejado
que a ajena costa mantengo.
Al pie deste sauce verde
quiero un poco descansar,
por ver si acaso el pesar
de mi memoria se pierde.
Tú, fuente, que murmurando
vas entre guijas corriendo,
en tu fugitivo estruendo
plantas y aves alegando,
dame algún contento ahora,
infunde al alma alegría
con esa corriente fría
y con esa voz sonora.
Lisonjeros pajarillos
que no entendidos cantáis,
y holgazanes gorjeáis
entre juncos y tomillos,
dad con picos sonorosos
y con acentos suaves

gloria a mis pesares graves
y sucesos lastimosos.
En este verde tapete,
jironado de cristal,
quiero divertir mi mal
que, mi triste fin promete.

*(Échase a dormir y sale el pastor con la corona,
desbaciéndola.)*

PASTOR. Selvas intrincadas,
verdes alamedas,
a quien de esperanzas
adorna Amaltea;
fuentes que corréis,
murmurando apriesa
por menudas guijas,
por blandas arenas:
ya vuelvo otra vez
a mirar la selva,
a pisar los valles
que tanto me cuestna.
Yo soy el pastor
que en vuestras riberas
guardé un tiempo alegre
cándidas ovejas.
Sus blancos vellones
entre verdes felpas

jirones de plata
a los ojos eran.
Era yo envidiado,
por ser guarda buena,
de muchos zagales
que ocupan la selva;
y mi mayoral,
que en ajena tierra
vive, me tenía
voluntad inmensa,
porque lo llevaba,
cuando quería verlas,
las ovejas blancas
como nieve en pellas.
Pero desde el día
que una, la más buena,
huyó del rebaño,
lágrimas me anegan.
Mis contentos todos
convertá en tristezas,
mis placeres vivos
en memorias muertas.
Cantaba en los valles
canciones y letras;
mas ya en triste llanto
funestas endechas.
Por tenerla amor,

en esta floresta
esta guirnalda
comencé a tejerla.
Mas no la gozó,
que engañada y necia
dejó a quien la amaba
con mayor firmeza.
Y pues no la quiso,
fuerza es que ya vuelva,
por venganza justa,
hoy a deshacerla.

PAULO. Pastor, que otra vez
tú vi en esta sierra,
si no muy alegre,
no con tal tristeza,
el verte me admira.

PASTOR. ¡Ay perdida oveja!
¡De qué gloria huyes
y a qué mal te allegas!

PAULO. ¿No es esa guirnalda
la que en las florestas
entonces tejías
con gran diligencia?

PASTOR. Esta misma es;
mas la oveja, necia,
no quiere volver
al bien que le espera,
y así la deshago.

PAULO. Si acaso volviera,
zagalejo amigo,
¿no la recibiras?

PASTOR. Enojado estoy,
mas la gran clemencia
de mi mayoral
dice que nunca vuelvan,
si antes fueron blancas,
al rebaño negras,
que las dé mis brazos
y, sin extrañeza,
requiebros las diga
y palabras tiernas.

PAULO. Pues es superior,
fuerza es que obedezcas.

PASTOR. Yo obedeceré;
pero no quicre ella
volver a mis voces,

en sus vicios ciega.
Ya de aquestos montes
en las altas peñas
la llamé con silbos
y avisé con señas.
Ya por los jarales,
por incultas selvas,
la anduve a buscar:
¡qué de ello me cuesta!
Ya traigo las plantas
de jaras diversas
y agudos espinos
rotas y sangrientas.
No puedo hacer más.

PAULO. En lágrimas tiernas
baña el pastorcillo
las mejillas bellas.
Pues te desconoce,
olvídate de ella
y no llores más.

PASTOR. Que lo haga es fuerza.
Volved, bellas flores,
a cubrir la tierra,
pues que no fue digna
de vuestra belleza.

Veamos si allá
con la tierra nueva
la pondrán guirnalda
tan rica y tan bella.
Quedaos, montes míos,
desiertos y selvas;
adios, porque voy
con la triste nueva
a mi mayoral;
y cuando lo sepa
(aunque ya lo sabe)
sentirá su mengua,
no la ofensa suya,
aunque es tanta ofensa.
Lleno voy a verle,
de miedo y vergüenza:
lo que ha de decirme
fuerza es que lo sienta.
Diráme: Zagal,
¿así las ovejas
que yo os encomiendo
guardáis? ¡Triste pena!
Yo responderé...
No hallaré respuesta,
si no es que mi llanto
la respuesta sea.

(*Vase.*)

PAULO. La historia parece
de mi vida esta.
De este pastorcillo
no sé lo que sienta;
que tales palabras
fuerza es que prometan
oscuras enigmas...
Mas ¿qué luz es esta
que a la luz del sol
sus rayos se afrentan?

*(Con la música suben dos ángeles el alma de ENRICO
por una apariencia, y prosigue Paulo.)*

Música celeste
en los aires suena,
y, a lo que diviso,
dos ángeles llevan
una alma gloriosa
a la excelsa esfera.
¡Dichosa mil veces,
alma, pues hoy llegas
donde tus trabajos
fin alegre tengan!
Grutas y plantas agrestes,
a quien el hielo corrompe,

¿no veis cómo el cielo rompe
ya sus cortinas celestes?

Ya rompiendo densas nubes
y esos transparentes velos,
alma, a gozar de los cielos
feliz y gloriosa subes.

Ya vas a gozar la palma
que la ventura te ofrece:
¡triste del que no merece
lo que tú mereces, alma!

(Sale Galván.)

GALVÁN. Advierte, Paulo famoso,
que por el monte ha bajado
un escuadrón concertado.
de gente y armas copioso,
que viene sólo a prendernos.
Si no pretendes morir,
solamente, Paulo, huir
es lo que puede valernos.

PAULO. ¿Escuadrón viene?

GALVÁN. Esto es cierto:
ya se divisa la hilera
con su caja y su bandera.
No escapas de preso o muerto

si aguardas.

PAULO

¿

GALVÁN.

✓

(como hacemos tanto daño
en este monte escondido)
de aldeas circunvecinas
se han juntado...

PAULO. Pues matallos.

GALVÁN. ¡Qué! ¿Te animas a esperallos?

PAULO. Mal quién es Paulo imaginas.

GALVÁN. Nuestros peligros son llanos.

PAULO. Sí, pero advierte también
que basta un hombre de bien
para cuatro mil villanos.

GALVÁN Ya tocan. ¿No lo oyes?

PAULO. Cierra,
que antes que fuese ermitaño
supe también qué era guerra.

*(Salen los labradores que pudieren, con armas
y un juez.)*

JUEZ. Hoy pagaréis las maldades
que en este monte habéis hecho.

PAULO. En ira se abrasa el pecho.
Soy Enrico en las crueldades.
*(Éntralos acuchillando y sale, GALVÁN por otra puerta,
buyendo, y tras él, muchos villanos.)*

VILLANO 1º. Ea, ladrones, rendíos.

GALVÁN. Mejor nos está el morir...;
mas yo presumo huir,
que para eso tengo bríos.
(Vanse, y dice dentro Paulo)

PAULO. Con las flechas me acosáis,
y con ventaja reñís:
más de doscientos venís
para veinte que buscáis.

JUEZ. Por el monte va corriendo.
(Baja Paulo por el monte, rodando, lleno de sangre,)

PAULO. Ya no bastan pies ni manos;

muerte me han dado villanos;
de mi cobardía me ofendo.
Volveré a darles la muerte...
Pero no puedo, ¡ay de mí!,
el cielo, a quien ofendí,
se venga de aquella suerte.

(Sale Pedrisco.)

PEDRISCO. Coma en las culpas de Enrico
no me hallaron culpado,
luego que públicamente
los jueces le ajusticiaron,
me echaron la puerta afuera,
y vengo al monte. -¿Qué aguardo?
¡Qué miro! Di selva y monte
anda todo alborotado.
Allí dos villanos corren,
las espadas en las manos.
Allí va herido Fineo,
y allí huyen Celio y Fabio,
y aquí, que es grande ventura,
tendido está el fuerte Paulo.

PAULO. ¿Volvéis, villanos, volvéis?
La espada tengo en la mano;
no estoy muerto, vivo estoy,
aunque ya de aliento falto.

PEDRISCO. Pedrisco soy, Paulo mío.

PAULO. Pedrisco, llega a mis brazos.

PEDRISCO. ¿Cómo estás así?

PAULO. ¡Ay de mí!
Muerte me han dado villanos.
Pero ya que estoy muriendo,
saber de ti, amigo, aguardo
qué hay del suceso de Enrico.

PEDRISCO. En la plaza le ahorcaron
de Nápoles.

PAULO Pues así,
¿quién duda que condenado
estará al infierno ya?

PEDRISCO. Mira lo que dices, Paulo;
que murió cristianamente,
confesado y comulgado
y abrazado con un Cristo,
en cuya vista, enclavados
los ojos, pidió perdón
y misericordia, dando

tierno llanto a sus mejillas
y a los presentes espanto.
Fuera de aqueso, en muriendo
resonó en los aires claros
una música divina;
y para mayor milagro
y evidencia más notoria,
dos paraninfos alados
se vieron patentemente,
que llevaban entre ambos
el alma de Enrico al cielo.

PAULO. ¡A Enrico, el hombre más malo
que crió naturaleza!

PEDRISCO. ¿De aquesto te espantas, Paulo,
cuando es tan piadoso Dios?

PAULO. Pedrisco, eso ha sido engaño:
otra alma fue la que vieron,
no la de Enrico.

PEDRISCO. ¡Dios santo,
reducidle vos!

PAULO. Yo muero.

quedó muerto el desdichado.
Las suertes fueron trocadas.
Enrico, con ser tan malo,
se salvó, y éste al infierno
se fue por desconfiado.
[Cubriré]³⁹ el cuerpo infeliz,
cortando a estos sauces ramos.
Mas ¿qué gente es la que viene?
(Salen los villanos.)

JUEZ. Si el capitán se ha escapado,
poca diligencia ha sido.

VILLANO 1º. Yo le vi caer rodando,
pasado de mil saetas,
de los altivos peñascos.

JUEZ. Un hombre está aquí.

PEDRISCO. ¡Ay, Pedrisco desdichado!
Esta vez te dan carena.

VILLANO 1º. Este es criado de Paulo,
y cómplice en sus delitos.

³⁹ El original, cubran.

GALVÁN. Tú mientes como villano,
que sólo lo fuí de Enrico,
que de Dios está gozando.

PEDRISCO. Y yo, Galván.
(Aparte a Galván.)
Galvanito, hermano,
no me descubras aquí,
por amor de Dios.

JUEZ. Si acaso
me dices dónde se esconde
el capitán que buscamos,
yo te daré libertad;
habla.

PEDRISCO. Buscarle es en vano
cuando es muerto.

JUEZ. ¿Cómo muerto?

PEDRISCO. De varias flechas y dardos
pasado le hallé, señor,
con la muerte agonizando
en este mismo sitio.

pero fui desconfiado
de la gran piedad de Dios,
que hoy a su juicio llegando,
me dijo: «Baja, maldito
de mi padre, al centro airado
de los oscuros abismos,
adonde has de estar penando.»
¡Malditos mis padres sean
mil veces, pues me engendraron!
¡Y yo también sea maldito,
pues que fui desconfiado!
(Húndese por el tablado, y sale fuego.)

JUEZ. Misterios son del Señor.

GALVÁN. ¡Pobre y desdichado Paulo!

PEDRISCO. ¡Y venturoso de Enrico,
que de Dios está gozando!

JUEZ. Por que toméis escarmiento,
no pretendo castigaros;
libertad doy a los dos.

PEDRISCO. Vivas infinitos años,
hermano Galván, pues ya
de ésta nos hemos librado;

¿qué piensas hacer desde hoy?

GALVÁN. Desde hoy pienso ser un santo.

PEDRISCO. Mirando estoy con los ojos
que no haréis muchos milagros.

GALVÁN. Esperanza en Dios.

PEDRISCO. Amigo,
quien fuere desconfiado
mire el ejemplo presente.

JUEZ. No más: a Nápoles vamos
a contar este suceso.

PEDRISCO. Y porque éste es tan arduo
y difícil de creer,
siendo verdadero el caso,
vaya el que fuese curioso
(porque sin ser escribano
dé fe de ello) a Belarmino;
y si no, más; dilatado,
en vida de los Padres
podrá fácilmente hallarlo.
Y con aquesto da fin
El Mayor Desconfiado,

TIRSO DE MOLINA

y pena y gloria trocadas.

El cielo os guarde mil años.